

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«Seréis como dioses»



Adán y Eva de Frans Floris s. XVI

Del paganismo a la apostasía

La anomia social

«Signo de contradicción» y el mundo de hoy

El transhumanismo como manifestación de la soberbia humana

Reflexión teológica sobre la situación contemporánea

«Se hace tarde y anochece», el último libro del cardenal Sarah



«La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama “homicida desde el principio” (Jn 8,44) y que incluso intentó apartarlos de la misión recibida del Padre (cf. Mt 4, 1-11)». “El hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo”. (1Jn 3,8) La más grave consecuencia de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios».



RAZÓN DEL NÚMERO

03 La manifestación del hombre de iniquidad
J.M^a.A.R

ARTÍCULOS

05 Del paganismo a la apostasía
Amparo Fernández Richards

09 «Signo de contradicción» y el mundo de hoy
Pedro del Río de Murtinho

15 La anomia social deriva en la autoaniquilación del hombre
Javier Barrycoa

18 La crisis de la autoridad y su consecuencia en la familia
Mercedes Palet Fritschi

21 El trashumanismo como manifestación de la soberbia humana
Stefano Abbate

24 «La profunda crisis espiritual, moral y política en el mundo contemporáneo»
Jorge Soley

26 Reflexión teológica sobre la situación contemporánea
Francisco Canals Vidal (†)

30 Génesis del Voto nacional al Corazón de Jesús para obtener la liberación del Papa y la salvación de Francia (II)
José Javier Echave-Sustaeta

SECCIONES

34 **Los jóvenes santos**
Miguel Jiménez de Cisneros

36 **Reseñas bibliográficas**
Ana Díaz

38 **Hemos leído**
Aldobrando Vals

40 **Iglesia perseguida**
Josué Villalón (AIN)

42 **Pequeñas lecciones de historia**
Gerardo Manresa

43 **Actualidad religiosa**
Javier González

45 **Actualidad política**
Jorge Soley

CONTRAPORTADA

48 «La gran ruptura de la sociedad occidental»
Josep Miró i Ardèvol

La manifestación del hombre de iniquidad

J.MªA.R.

EN nuestros días al leer la segunda carta de san Pablo a los Tesalonicenses (2,1-12) se nos puede fácilmente plantear la cuestión de si aquellas palabras del Apóstol están dirigidas también de un modo especial a la actual generación. Al advertir a los Tesalonicenses que no se alarmen por presuntas revelaciones o rumores que anuncian la inminente venida del Señor, les recuerda que primero tiene que «venir la apostasía y manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición que se opone y se alza sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es adorado, hasta el punto de sentarse el mismo en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios» (2Tes 3-4).

No nos parece fuera de lugar, sino todo lo contrario, reconocer que estos tiempos de secularización, referidos a la cultura occidental son realmente tiempos de apostasía. La llamada civilización occidental, como subraya con insistencia A. Toynbee, encuentra sus orígenes en la Cristiandad medieval, en aquel mundo que nace a principios del siglo IX con Carlomagno y quedara impregnado, en gran parte gracias a la labor de los benedictinos, por la fe cristiana. Esta singularidad tiene una importancia capital en la historia de la humanidad y de la Iglesia. A lo largo de la historia no ha existido ninguna otra cultura en la que la fe cristiana llegara a estar presente no solo en sus raíces sino en todas las dimensiones de la vida social y cultural. Esto explica, que no podamos decir simplemente que hemos vuelto a los tiempos del paganismo, porque solo se podría hacer esta afirmación de un mundo que no ha recibido aún el anuncio del Evangelio, pero no es apropiado para nuestra civilización. Desde la Ilustración se ha sustituido la fe cristiana por filosofías e ideologías diversas e incluso antagónicas pero que tienen en común su carácter meramente secular y desde la llamada posmodernidad se ha dado un paso adelante en esta misma dirección, se rechaza la fe cristiana, no se quiere recordar el origen de nuestra cultura que a pesar de todo aún vive gracias a la herencia recibida, y se llega a presentar a Dios y todo lo que tiene que ver con Él, como el mal que hay que evitar y contra el que hay que luchar.

Es más apropiado decir que vivimos en un mundo caracterizado por el triunfo de la mentira que por el del relativismo.

Otro aspecto que debería ser motivo de reflexión es la deriva actual que ha ido tomado la «dictadura del relativismo». La debilidad e inconsistencia especulativa del relativismo es evidente. A efectos prácticos sirve para justificar cualquier cosa que en un momento determinado a uno le interese, tanto si nos referimos a cuestiones de orden teórico como práctico. Pero si alguien pretendiera radicalizar el relativismo y generalizarlo de un modo universal, se encontraría que su misma posición queda invalidada por este presunto relativismo. Este mismo tipo de contradicción lógica nos la encontramos en la defensa de la tolerancia universal que se vuelve absolutamente intolerante ante la afirmación de la verdad. Por ello como ya hemos visto afirmado en algunos ambientes intelectuales franceses de carácter católico, el relativismo se ha sustituido por la simple mentira. Es más apropiado decir que vivimos en un mundo caracterizado por el triunfo de la mentira que por el del relativismo. Es mentira que el sexo sea una cuestión meramente cultural y no tenga un fundamento en la realidad biológica, que el aborto y la eutanasia no sean asesinato y por tanto un sin sentido decir que son

un derecho, que el divorcio no sea la constatación de un fracaso, podríamos seguir con una larga lista de mentiras que se presentan en nuestros días como las grandes conquistas de la modernidad. El triunfo de la mentira significa la muerte de la vida social que solo es posible bajo el prepuesto de la verdad en las relaciones humanas. El triunfo de la mentira invalida cualquier compromiso, cualquier contrato, cualquier enseñanza, cualquier relación personal verdaderamente humana.

Estas consideraciones nos llevan de nuevo al texto de san Pablo a los Tesalonicenses. Nos podemos preguntar: ¿No estamos en los tiempos de la apostasía, anunciados antes de la venida del Señor? ¿No oímos el vocerío que se alza contra todo lo que lleva el nombre de Dios? ¿No estamos en una civilización que parece seducida por el padre de la mentira?

Para reflexionar sobre estas cuestiones dedicamos las páginas de este número y también el próximo, recordando que nuestra esperanza y confianza siempre está puesta en el triunfo del Señor. Por ello ponemos en nuestros labios y en nuestro corazón las palabras finales del Apocalipsis: «Ven, Señor Jesús».

Qué es vivir según el hombre y qué es vivir según Dios



Cuando el hombre vive según el hombre, y no según Dios, es semejante al diablo. Ni siquiera el ángel debió vivir según el ángel, sino según Dios, para mantenerse en la verdad y hablar la verdad que procede de Dios, no la mentira, que nace de su propia cosecha. Del hombre dice el mismo Apóstol en otro lugar: Si es que se manifestó la verdad de Dios en mi mentira. Llamó a lo mío mentira, y verdad a lo de Dios. Y así, cuando el hombre vive según la verdad, no vive según él mismo, sino según Dios, pues es Dios quien dijo: Yo soy la verdad. Pero cuando vive según él mismo, según el hombre, no según Dios, vive según la mentira. No se trata de que el hombre mismo sea la mentira, puesto que tiene por autor y creador a Dios, quien no es autor ni creador de la mentira. La realidad es que el hombre ha sido creado recto no para vivir según él mismo, sino según el que lo creó. Es decir, para hacer la voluntad de aquél con preferencia a la suya. Y el no vivir como lo exigía su creación constituye la mentira.

Quiere ser feliz sin vivir de la manera que podía serlo. ¿Hay algo más mentiroso que esta voluntad? No en vano puede afirmarse que todo pecado es una mentira. No se comete un pecado sino queriendo que nos vaya bien o rehuyendo que nos vaya mal. Tiene, pues, lugar la mentira cuando, intentando buscar algún bien, eso mismo nos resulta mal, o cuando procurando buscar algo mejor, nos resulta, en cambio, peor. ¿De dónde procede esto? De que el bien le viene al hombre de Dios, a quien abandona por el pecado. No le viene de sí mismo, pues si vive según él mismo, peca.

San AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, libro XIV, cap.4

Del paganismo a la apostasía

AMPARO FERNÁNDEZ RICHARDS

Vivimos en una sociedad que no sólo se ha alejado de Dios, sino que lo ha rechazado

EN la actualidad, se puede observar que el hombre occidental, que en algún momento fue cristiano, se ha olvidado de Dios y ha construido una sociedad que busca ser autovalente y garante de todas las necesidades de sus miembros. De este modo, el hombre se ha ido secularizando y ensalzando el pragmatismo y el voluntarismo, basándose solamente en las capacidades humanas. Como dice Francisco Canals: «la secularización, de espaldas al don del amor de Dios, del imperativo de que la fe obre por la caridad, explica la fuerza desintegradora del orden cristiano de los voluntarismos y pragmatismos».¹ La apostasía de los últimos tiempos puede ser explicada a través de un breve recorrido histórico en el que se revisen ciertas herejías, filosofías e ideologías contrarias a la revelación divina y el orden natural.

Con el inicio de la Edad Media, se vio no sólo la expansión del cristianismo, sino la formación de multitud de reinos eminentemente cristianos. Sin embargo, ya en el s.v surgen herejías que empiezan a alejar al hombre de Dios. Tal es el caso del **pelagianismo**, doctrina que negó la presencia del pecado original en el hombre y, por tanto, defendió una confianza absoluta en la capacidad humana. De este modo, la salvación no se obtiene por medio de la Redención y los sacramentos, sino por pura voluntad. Ya en este momento histórico, vemos ensalzada la voluntad humana y disminuida la acción divina; asimismo, aparece la práctica del cristianismo relegada a un ámbito mucho más subjetivo de lo que se había considerado hasta el momento. De este modo, la libertad

(tan mentada en los tiempos modernos) empieza a tomar un papel muy importante. Para Alberto Caturelli, la tesis fundamental del pelagianismo consistirá en «la autosuficiencia de la libertad del hombre para la salvación sin el auxilio de la gracia, afirmación que supone la negación del pecado original o, al menos, la transmisión del mismo a la descendencia de Adán».² La libertad del hombre, por tanto, empieza a ser malentendida ya en el siglo v; este antecedente va a ser fundamental para comprender luego el desarrollo de ideologías como el liberalismo.

Más tarde, a finales de la Edad Media e inicios del humanismo, surge el nominalismo (sobre todo de la mano de Guillermo de Ockham), el cual marca una primera ruptura entre lo temporal y lo eterno a partir de la negación de los universales de la filosofía tradicional. Nuevamente, la voluntad del hombre adquiere un papel protagónico,

pero esta vez no sólo al modo de explicar en torno al modo de salvación del hombre, como veíamos en el pelagianismo, sino también en torno al orden político y social: «el voluntarismo ockhamista lleva implícita la necesidad de sostener que la misma sociedad civil tiene su origen no en la naturaleza sino en un acto de voluntad del hombre (soberanía popular) y que el derecho natural o sólo responde a una mera ordenación racional humana sin el último fundamento que es Dios o, más radicalmente, que debe trocarse en un normativismo positivo que concluye por anular el derecho natural».³ Aquí el acto voluntario no se concibe como un movimien-



Fiesta de la Razón en Notre Dame el 20 de brumario de 1793

1. F. CANALS, «El culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy» *Cristiandad*, enero de 1970, p.7-8.

2. A. CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*, 4. <http://www.gratisdate.org/archivos/pdf/14.pdf>

3. A. CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*, 3. <http://www.gratisdate.org/archivos/pdf/14.pdf>

to hacia Dios, sino como una autodeterminación del hombre, nuevamente la libertad se perfila como un elemento fundamental en la concepción humana de los nuevos siglos.

Con el **Renacimiento**, el hombre termina por volcarse sobre sí mismo. El giro antropocéntrico marca un cambio en el modo de pensar. No sólo el

Con el Renacimiento, el hombre termina por volcarse sobre sí mismo. El giro antropocéntrico marca un cambio en el modo de pensar. No sólo el hombre es el centro, sino que, además, aparece divinizado.

hombre es el centro, sino que, además, aparece divinizado. Sin ir directamente contra el cristianismo, la religiosidad de las sociedades se ve profundamente afectada porque «parece que nada puede darse más opuesto a la fe católica que la autodivinización y la adoración del hombre por sí mismo».⁴ Nuevamente, la religión parece ser algo que corresponde a la esfera privada y que cada vez afecta menos a la sociedad. La libertad, por su parte, se entiende cada vez más como una autodeterminación del hombre.

Junto con el giro antropocéntrico propio del Re-

4. F. CANALS, «El culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy» *Cristiandad*, enero de 1970, 3.

nacimiento, vemos la ruptura de la unidad religiosa que había marcado la Edad Media. Con el surgimiento de las religiones protestantes, propugnadas por Lutero y Calvino, la salvación queda en el plano de lo subjetivo. Según Caturelli «jamás anteriormente –salvo en el pelagianismo, pero en un contexto muy diverso– se había abierto, desde dentro del Cristianismo, tan ancho margen a la autosuficiencia del hombre y de su mundo en el cual la sociedad comienza a aparecer como una yuxtaposición de singulares. Esto era imposible de evitar si se afirmaba, al mismo tiempo, la primacía de la voluntad y el nominalismo radical».⁵

Finalmente, con la Ilustración y los pensadores de los ss. XVII y XVIII, la religión se relega al plano individual. «La síntesis de las doctrinas de la Revolución se reduce a que el hombre deberá rechazar toda norma o creencia que no se acomode a los dictámenes de la pura razón individual»,⁶ de este modo, la razón va a superar a la fe. No sólo nos quedamos en el ámbito de la individualidad, sino que la noción del Dios cristiano empieza a ser incompatible con el nuevo modo de pensar. La única ley existente va a ser la civil, la cual va a ser un medio para la recta convivencia entre los hombres.

5. A. CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*, 5. <http://www.gratisdate.org/archivos/pdf/14.pdf>

6. L. CUESTA, «De cómo en toda gran cuestión política va envuelta siempre una gran cuestión teológica» *Cristiandad*, mayo de 2010, 22.

«Los principios de aquellos dolores»

No se le ocultará a quien vea y contemple este mundo, como dijimos, «en poder del malo» (1 Jn 5,19). De todas partes sube a Nos clamor de pueblos que gimen, cuyos príncipes o rectores se congregaron y confabularon a una contra el Señor y su Iglesia (2 Pe 2,2). Por esas regiones vemos atropellados todos los derechos divinos y humanos.

(...) Todo lo cual es tan triste que por estos acontecimientos parecen manifestarse «los principios de aquellos dolores» que habían de preceder «al hombre de pecado que se levanta contra todo lo que se llama Dios o que se adora» (2 Tes 2,4).

Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*

Es así como llegamos al desarrollo pleno del **liberalismo**. En primer lugar, se debe notar que el liberalismo no es una doctrina que afecta sólo a la esfera económico-política, sino que es un modo de entender al hombre, ya que se basa en su autosuficiencia y la del mundo que lo rodea, lo que se manifiesta en un Estado de derecho que garantice aquello que el hombre no sólo necesita, sino que merece.⁷ Vemos que nociones como la «autosuficiencia», se constituyen como los elementos básicos de la existencia individual y colectiva. De este modo, el hombre ya no sólo se centra en sí mismo, sino que todo se ordena a partir de sus propias capacidades. El Estado debe garantizar el desarrollo individual de cada uno y para lograrlo, puede, incluso, llegar a condenar la práctica del catolicismo y propugnar leyes que vayan contra la vida y la familia. El Estado, por tanto, empieza a tener un papel protagonista en el desarrollo del hombre.

Por otro lado, pero no muy lejos en las ideas de fondo, tenemos el desarrollo del **marxismo**. El desarrollo de las ideas marxistas supone una inmanentización de la redención. Ahora la salvación no viene de Dios, sino de una revolución propugnada por un grupo de la sociedad (el proletariado) que busca establecer un nuevo orden semejante al paraíso terrenal. De este modo, lo sobrenatural ya no tiene cabida en el pensamiento del hombre e, incluso, una creencia sobrenatural puede ser peligrosa para el nuevo modo de concebir la sociedad.

Canals, al hablar de la crisis del hombre moderno y la importancia del culto al Corazón de Cristo dice: «el marxismo representa en esto la culminación doctrinal de aquel proceso de absolutización de lo inmanente en que sucumbe todo reconocimiento de la libre personalidad del individuo humano. Y no obstante, también en él se consume aquella misteriosa dimensión del espíritu moderno que señaló Voegelin al definirlo como secularización y racionalización de las escatologías milenaristas y de las redenciones gnóstico-maniqueas».⁸ Nuevamente, la libertad del hombre aparece en un primer plano, pero no en un sentido cristiano, sino como aquella facultad propia del hombre para autodeterminarse.

Estas dos grandes ideologías que imperaron en el siglo XX (liberalismo y marxismo) llevaron al hombre a no sólo olvidarse de Dios, sino a ir contra Él buscando la salvación en las cosas materiales y en

la propia capacidad del hombre. El Estado se convierte en el juez de lo conveniente para el hombre y el hombre, por su parte, busca redimirse a sí mismo por medio de cambios sociales. En 1905, Francia promulga la ley de separación de la Iglesia y el Estado, lo que supone el epílogo de todo el movimiento que se había generado a través de los siglos en torno a la relación del hombre con Dios y a la incumbencia de la religión en materias políticas. Con este tipo de medidas se empieza a pensar que Dios no tiene cabida en ciertos aspectos de la sociedad. El problema es que, pese a que son poderes distintos, ambos tienen el mismo fin último por lo que no pueden separarse como dos fuerzas que no se relacionan entre sí⁹. Al separar los poderes, se deriva una separación del hombre: por un lado, la vida social y por otro, la espiritual. Esto trae como consecuencia que, incluso en la vida privada, Dios deje de tener sentido para el hombre porque la salvación será buscada en un horizonte terreno, de modo tal

Con el devenir histórico, se demuestra que el progreso indefinido basado en las capacidades del hombre no es posible. (...) Sin embargo, lejos de volver la mirada a Dios, se ha entrado en un estado de crisis que busca ser solucionado con medidas estatales de bienestar y de paz entre las naciones.

que la sociedad se cimentará en materialismos y pragmatismos.¹⁰ Además, los diversos estados, al separarse y alejarse de la religión han llegado a promulgar leyes que van en contra de la vida, la familia y la fe, olvidando así el orden natural.

Si bien en el siglo XX vemos cómo el liberalismo y el marxismo se establecen en las sociedades que, en su origen, habían sido cristianas, también vemos cómo el hombre entra en una profunda crisis. Con el devenir histórico, se demuestra que el progreso indefinido basado en las capacidades del hombre no es posible. El hombre se enfrenta con el mismo hombre y la fe que ha dejado de ser sobrenatural pierde sentido. Sin embargo, lejos de volver la mirada a Dios, se ha entrado en un estado de crisis que busca ser solucionado con medidas estatales de bienestar y de paz entre las naciones. No se vuelve

7. A. CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*, 2. <http://www.gratisdate.org/archivos/pdf/14.pdf>

8. F. CANALS, «El culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy», *Cristiandad*, enero de 1970, p.10.

9. J. M^a. PETIT, «Gravedad de los males que produjo la ley de separación de la Iglesia y el Estado francés», *Cristiandad*, febrero de 2006, p.12.

10. F. CANALS, «El culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy», *Cristiandad*, enero de 1970, p.14.

la mirada a Dios porque Dios ha sido inmanentizado y se ha buscado solamente en lo terreno. Esto ha llevado, además, a la aceptación de leyes que van contra la vida y la familia, siempre desde la con-

En el siglo xx, nuevamente el Corazón de Cristo se muestra, esta vez a santa Faustina Kowalska, dándole a conocer su infinita misericordia. Dios nuevamente nos recuerda que solo en Él está la salvación y que, finalmente, su Corazón misericordioso será el que triunfe.

sideración de la necesidad de garantizar la libertad humana desde un orden meramente pragmático.

Frente a todo esto, Dios no ha dejado de mostrar su Corazón amoroso. El caso de Francia es un claro ejemplo. En el mismo París en el que se empezaban

a desarrollar las ideas liberales que iban a desembocar en la Revolución, Cristo muestra su Corazón a santa Margarita María de Alacoque y le recuerda que sólo de Él se pueden obtener las gracias para la

salvación del hombre y que Él, finalmente, va a triunfar. De este modo, se inicia la expansión de la devoción al Sagrado Corazón como un remedio contra los males de este mundo. Más tarde, ya en el s. xx, nuevamente el Corazón de Cristo se muestra, esta vez a santa Faustina Kowalska, dándole a conocer su infinita misericordia. Dios nuevamente nos recuerda que sólo en Él está la salvación y que, finalmente, su Corazón misericordioso será el que

triunfe. Las revelaciones a estas dos santas son sólo un ejemplo de cómo Dios también responde a los momentos de crisis del hombre y que, en los tiempos actuales, la devoción a su Sagrado Corazón trae consigo la promesa de la salvación.

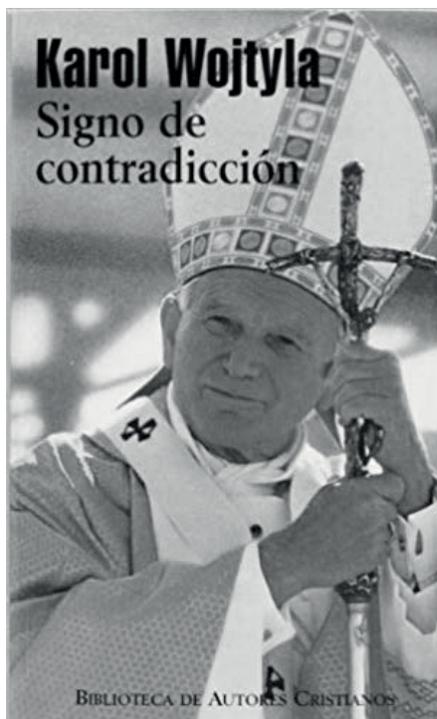
¡La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión del hombre que se hace Dios!

La Iglesia del Concilio, sí, se ha ocupado mucho, además, de sí misma y de la relación que la une con Dios, del hombre tal cual hoy en realidad se presenta: del hombre vivo, del hombre enteramente ocupado de sí, del hombre que no sólo se hace el centro de todo su interés, sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad. Todo el hombre fenoménico, es decir, cubierto con las vestiduras de sus innumerables apariencias, se ha levantado ante la asamblea de los padres conciliares, también ellos hombres, todos pastores y hermanos, y, por tanto, atentos y amorosos; (...); el hombre tal cual es, que piensa, que ama, que trabaja, que está siempre a la expectativa de algo, el «*filius accrescens*» (Gen 49,22); el hombre sagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza, por la piedad de su dolor; el hombre individualista y el hombre social; el hombre «*laudator temporis acti*» (que alaba los tiempos pasados) y el hombre que sueña en el porvenir; el hombre pecador y el hombre santo... El humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura y, en un cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios.

PABLO VI, Alocución al Concilio Vaticano II,
7 de diciembre de 1965: AAS 68, 1966, p. 55

«Signo de contradicción» y el mundo de hoy

PEDRO DEL RÍO DE MURTINHO



«Un importante libro...»

EL tema del hombre se formula hoy sobre todo como un problema. Es sintomático de la contemporaneidad el sinnúmero de reformas y revoluciones, las exigencias de cambio y progreso, que reflejan tanto la incompreensión sobre el hombre y el mundo como una ciega esperanza de darse a sí mismo la solución. Todos los bienes destinados a la perfección de la persona humana se han vuelto algo conflictivo para él mismo: la familia, el matrimonio, la educación, la autoridad, la política, la economía, el conocimiento, etc. Sin embargo, ¿no serán estos los mismos problemas que la humanidad ha tenido siempre? ¿Existe una única causa de estos problemas? Y los cristianos nos preguntamos: ¿están estos problemas dentro del plan de Dios?

San Juan Pablo II, entonces cardenal Karol Wojtyła, dio unos ejercicios espirituales en 1976 al papa Pablo VI, que luego fueron publicados bajo el título *Signo de contradicción*. Dicho libro ofrece una profunda síntesis teológica, «en la que se encuadra el sen-

tido mismo de la historia de la humanidad».¹ Se trata por tanto de una singular obra de la llamada «teología de la historia», que nos ayudará a iluminar en profundidad, desde la revelación, los interrogantes que antes mencionábamos.

Ver los problemas humanos como síntomas aislados, sin alcanzar la común raíz, es algo propio del diálogo contemporáneo. Desde esta desestructurada perspectiva no se puede ver la gravedad del asunto. Pareciera que son los mismos problemas de siempre, y como siempre, el mismo tiempo los sanará. Esto va de la mano con cierta concepción pagana de la eternidad del mundo y la externalidad e indiferencia del obrar de Dios. De ahí el acomplejamiento de muchos cristianos en hablar sobre el Apocalipsis o el final de los tiempos.

En los ejercicios espirituales, el cardenal de Cracovia, invitaba a la curia romana a preguntarse «si estamos ya en el *tramo final* de ese camino de la negación que se inició en torno al árbol de la ciencia del bien y del mal».² Y recordaba a los cristianos —«que conocemos toda la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis»³—, que «ninguna etapa de este camino puede constituir una sorpresa».⁴ Citaba, con este propósito, las palabras del Apóstol: «Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la

Ver los problemas humanos como síntomas aislados, sin alcanzar la común raíz, es algo propio del diálogo contemporáneo.

iniquidad, el hijo de la perdición» (II Tes 2,3). En efecto, los juicios proféticos y todo lo perteneciente a la llamada escatología, que va desde el corazón del Evangelio al ulterior desarrollo del Magisterio, conforman parte de la doctrina esencial de la fe católica. Las afirmaciones sobre el Juicio universal, el

1. FRANCISCO CANALS, *Un importante libro del cardenal Wojtyła*, en *Obras completas* v.2 p. 240

2. SAN JUAN PABLO II, *Signo de contradicción*, ed. BAC 2003, p. 47

3. Op. cit. p.47-48

4. p.48

misterio de Anomía, el Anticristo, no pertenecen a una rama cuasi sectaria dentro de la Iglesia, ni a una tesis opinable, ni a un carisma particular. Es doctrina universal de la Iglesia. Nos orientan en el actuar diario, nos despejan de las falsas expectativas y nos afianzan en la fe y la esperanza teológica. Analizando el problema desde la revelación comprendemos que la solución sólo puede ser sobrenatural. El *Catecismo de la Iglesia* afirma claramente que:

Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes. La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra desvelará el «misterio de iniquidad» bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una *solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad*. La impostura religiosa suprema es la del *Anticristo*, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (CEC n.675).

En el ulterior desarrollo del Magisterio se ha manifestado una mayor conciencia y claridad en lo referente a «la renovación de todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1, 10)».⁵ Por eso, el cardenal Wojtyla decía que nos encontramos «en los umbrales de una nueva escatología»,⁶ refiriéndose a que se han añadido con mayor fuerza los temas referidos a la segunda venida de Cristo y la manifestación del misterio de iniquidad a los temas tratados tradicionalmente en la escatología, que «se reducía ante todo a las siguientes verdades: la muerte, el juicio, el Cielo, el Infierno, el Purgatorio».⁷ Por eso, es especialmente importante para nuestros días, para iluminar la problemática humana de hoy y comprender el sentido de la historia, ver lo que dice la escatología católica.

La primera Alianza

EN el principio de los ejercicios espirituales san Juan Pablo II recuerda la importancia del recto sentir sobre la creación y el plan de Salvación; «la escatología sólo se comprende plenamente cuando nos remontamos a los orígenes».⁸ El cardenal polaco afirmaba que en los tres primeros capítulos del Génesis se encuentra «la clave para entender el mundo de hoy en su raíz»,⁹ partiendo por aquella «Primera Alianza», que el cardenal llama a la ofrecida a Adán en la creación, y que

«tuvo su “complemento” en la segunda alianza», cuando «tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo (Jn 3,16)».¹⁰ Se pregunta el santo: «¿Por qué el Dios de infinita majestad, el Absoluto, el dueño y señor de todo lo creado, se hace Dios de la Alianza?».¹¹ Desatendiendo el motivo de la creación no entenderíamos el dinamismo de la estructura humana y del mundo, ni el motivo de la primera y segunda venida de Jesucristo, ni tampoco, por tanto, podríamos encontrar cuál sería la fuente de los problemas. Las dimensiones de la vida humana, la sociedad, la economía, la política, el arte, etc. son vistos comúnmente como algo aparte de Dios, como realidades absolutamente autónomas; y Dios como una realidad más. Sin el orden del plan divino desconocemos la naturaleza de toda realidad terrenal. Dice san Juan Pablo II:

El amor quiere siempre el bien, y lo quiere de forma desinteresada: «Es benigno», como dice el apóstol Pablo (I Cor 13,4). Y así el amor crea el bien. [...] Es la bondad de lo creado [...] la que nos revela el amor como motivo de la creación. El amor es el motivo de la creación y, en consecuencia, el amor es el motivo de la Alianza. Podría decirse que, dentro de este último se encuentran, en la misma raíz, el eterno plan de la salvación, como concreción del amor de Dios hacia el hombre, y la trascendencia personal del hombre en relación con todo lo creado.

En este proceso de la creación [...] se llega al momento de la creación del hombre. Aquel que [...] es la plenitud del Ser personal, da un paso más en el camino trazado por el principio *Bonum est diffusivum sui*, y creando a los seres humanos «a su imagen» [...] ofrece a estos seres, a los hombres, su Alianza. El Dios de la creación se hace Dios de la Alianza. Y esto se realiza según la misma lógica que preside desde el principio toda la obra de la creación. Es una «lógica del amor» [...] ¡En toda la descripción del Génesis se siente latir el corazón! No tenemos ante nosotros a un gran Constructor del mundo, a un Demiurgo: estamos ante el gran Corazón.¹²

La comunicación de la divina bondad a la creatura «no se hace por emanación panteística, ni por causalidad natural»,¹³ como si a Dios le faltase algo y por eso necesita de la creatura como medio para saciar su indigencia. Dios crea para comunicar su bondad, su plenitud, explica el cardenal apelando a la doctrina de santo Tomás sobre la naturaleza difusiva del bien. Es una inclinación al bien según una plenitud, no por indigencia; una inclinación a «di-

5. Op. cit. p.196

6. p.33

7. p.196

8. p.33

9. p.32

10. p.26

11. Ídem.

12. pp.26-29

13. Ramón Orlandis S.J., *Pensamientos y ocurrencias*, p.322.

fundir el propio bien en otros, en la medida en que le es posible». ¹⁴ Y si Dios es sumamente perfecto a Él más que a cualquier creatura debe pertenecer esta inclinación. Este sería «el amor desinteresado» que constituye la «lógica que preside desde el principio toda la obra de creación».

Humilde apertura a participar del don de Dios

VIMOS que «el amor es motivo de la creación» y que por este amor ofrece Dios a los hombres su Alianza. La estructura y las leyes de la creación y del hombre, por ende, están regidas por esta lógica del amor, de la difusión del bien. Hacia Él tienden todas sus inclinaciones naturales. No se trata, por tanto, de una finalidad impuesta extrínsecamente y una delimitación forzosa de su libertad. Si todo fue creado porque Dios quiere comunicar su plenitud, su felicidad, significa que este motivo sería también el fin y meta de todo lo creado, a lo que tienden las creaturas desde lo más íntimo de su ser, en especial la creatura racional. Todo se funda en el bien que Dios quiere comunicar, y por eso la creatura, que es un ser contingente y no absoluto, está estructurada por esta dependencia del bien comunicado por Dios. Esta estructura de potencialidad respecto de su mismo ser y su fin es constitutiva de toda creatura y absoluto fundamento de su desarrollo. Esto atraviesa también todas las realidades humanas: el orden social, el matrimonio, la familia, la educación, la economía, el arte, etc. Por eso, cuando se niega que Dios es el principio del hombre, «rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación». ¹⁵ Afirma el cardenal:

La Alianza nace del gran Corazón, del amor de Dios por el hombre. Al mismo tiempo, la Alianza se construye sobre la verdad, arraiga en lo que es real, esto es, en lo verdadero. Dios le dio al hombre este mandato: «De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Gen 2, 16-17). Así, desde los albores de su historia, ante el hombre se alza un árbol. El árbol del conocimiento del bien y del mal, el árbol

que es símbolo de su humana naturaleza, en cuanto signo de los límites propios de su ser de criatura, y, al mismo tiempo, frontera a lo largo de la cual debe realizarse el desarrollo de la persona humana. ¹⁶

El engaño del Demonio: «seréis como dioses». Estado actual de la tentación

FRENTE a la Palabra de Dios, expresada en la creación, está la anti-Palabra, originada en la negación de Lucifer que empieza a actuar en el momento de la primera mentira en el Edén. El engaño de la anti-Palabra consiste en hacerse una falsa idea de Dios. Lo mismo podemos ver cómo en el lenguaje actual se hace una falsa idea de lo que es la verdad, la religión, las realidades naturales, por ejemplo, la autoridad, la moralidad, la sexualidad, es decir de todo aquello que lleva el nombre de Dios (cf. II Tes 2, 3-4). Engaño por el cual estas realidades aparecen nocivas para el desarrollo del hombre, y la lógica de amor que atraviesa todas las leyes de lo creado se ven como normas caprichosas y opresoras:

El Dios de la Alianza es presentado a la mujer como un soberano celoso del misterio de su señorío, como un adversario del hombre al que hay que oponerse, contra

El engaño de la anti-Palabra consiste en hacerse una falsa idea de Dios.

el que hay que rebelarse. [...] Satanás formula la tentación [...]: «El día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal» (Gen 3,4-5).

El padre de la mentira no se presenta al hombre negando la existencia de Dios: [...] apunta directamente al Dios de la Alianza. [...] La destrucción de la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre el Dios que crea movido por el amor, que por amor ofrece a la humanidad la Alianza en Adán, que por amor pone ante el hombre unas exigencias que afectan a la verdad misma de su ser creado, [...] es, en el razonamiento de Satanás, total. ¹⁷

Con estas palabras podemos comprender por qué san Juan Pablo II afirma que los tres primeros capítulos del Génesis son fundamentales para entender nuestro mundo y las ideologías que lo amenazan ¹⁸. Lo primero que se ve afectado por la primera mentira, es la relación del hombre con su Dios:

14. Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*, q.19 a.2 c.

15. *Gaudium et spes*, n.13. Cit. en *Signo de contradicción*, p. 210

16. Op. cit. p. 30-31

17. p.40

18. Cf. p.32

El concepto de alienación en la formulación de Marx, o por lo menos en la formulación que le dan sus seguidores actuales, es atribuido, como sabemos, también a la religión. La religión ejerce, según ellos, una función alienante. Alienar significa aquí deshumanizar. Por la religión el hombre se priva a sí mismo de su propio derecho a la humanidad en favor de Dios.¹⁹

Pero ahora debemos adentrarnos a responder la pregunta que proponíamos al principio: ¿no serán estos los mismos problemas que han aquejado a la humanidad siempre? A lo que podríamos responder con el cardenal Wojtyla, que hay una fundamental singularidad en el mundo de hoy, y que es signo eminente del final de los tiempos:

Cuando, en el capítulo tercero del Génesis, el maligno dice: «Se os abrirán los ojos y seréis como Dios» (Gen 3, 5), en estas palabras encontramos todo el panorama de la tentación del hombre, del propósito de enfrentarlo con Dios hasta la forma más extrema. Puede decirse que en la primera etapa de la historia del hombre esta tentación no sólo no fue aceptada, sino que ni siquiera recibió una formulación plena. Pero han llegado los tiempos en que ese aspecto de la tentación del maligno ha encontrado su contexto histórico adecuado. Puede ser que dicho aspecto represente el más alto grado de tensión entre la Palabra y la anti-Palabra en la historia de la humanidad. Semejante concepción de la alienación comporta no sólo la

19. p.46

negación del Dios de la Alianza, sino la negación de la idea misma de Dios, la negación de su existencia y al mismo tiempo el postulado – y en cierto sentido el imperativo – de la liberación de la idea de Dios, para afirmar al hombre.²⁰

Pero hay que notar también que esta plenitud de la negación no es meramente una formulación de una determinada corriente filosófica, «sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y la misma legislación civil» (cf. *Gaudium et spes* n.7). La negación de Dios, teórica o práctica, atraviesa toda la cultura, al punto que es muy difícil vivir sin permearse del laicismo. Esto es un hecho inédito, lo propio de nuestros tiempos. Y a la par con esta negación, para la cual es fundamental la negación de la verdad en todo orden, crece una desmedida confianza en el hombre para autorredimirse. Se trata de aquella impostura pseudo-religiosa del Anticristo mencionada en el *Catecismo* citada al comienzo, por la que se pone el hombre en el lugar de Dios y que tiene el precio de la apostasía de la verdad:

En tiempos pasados y en la actualidad ha habido y hay muchos programas para «remediar» el mundo, programas que anuncian la instauración de una «auténtica» justicia entre los hombres. Pero estos programas no pueden considerarse completos si no se vinculan con esta justificación ante Dios, que abarca el fundamento

20. p.46-47

«No queremos que Él reine»



Crear otro orden divino, para reemplazar el orden cristiano derribado, era empresa hartamente contradictoria, para que pudiera intentarse seriamente. Verdad es que se encabezó con el nombre de Dios la *Declaración de los derechos del hombre*; pero aquel Dios era el del deísmo, que no se ocupaba de los negocios humanos; así que se apresuraron en proclamar que no había, en la sociedad humana, ningún poder del que no fuera principio la misma sociedad. La secta que logró operar esta revolución, no abrigaba otra idea que la de destruir la soberanía efectiva de Dios. Sobre todo hizo consistir su triunfo en no dejar subsistir superior al hombre, ninguna autoridad que lo aventajara.

Enrique Ramière, *Soberanía social de Jesucristo*

primario de toda justicia, a la cual nos ha llevado la obediencia de Cristo, la obediencia hasta la muerte...²¹

Jesús dijo claramente que no debía negarse la verdad ante los hombres (cf. Mt 5,14-15), sino que hay que reconocerla abiertamente (Mt 10,32). La verdad posee una dimensión social y pública. Por tanto, no se debe negar nunca al hombre el derecho a la verdad. [...] No faltan quienes quieren enterrar a toda costa la verdad en las catacumbas; quienes intentan arrebatarle *su dimensión de testimonio en la vida pública, es decir, la plena dimensión debida al hombre.*²²

No se trata, por tanto, sólo de negaciones directas de la verdad, sino también, de aquella persecución mitigada dada en aquellos lugares donde hay una «aceptación parcial de la religión, del cristianismo y de la Iglesia, con una aceptación de Cristo como elemento de cultura, de moralidad e incluso de educación».²³ Son aquellos sistemas «cripto-totalitarios».²⁴ Dice el cardenal que «basta prestar atención a todo lo que queda silenciado o aquello de que se habla en alta voz (...) para ver que también allí donde se acepta a Cristo, al mismo tiempo se alza una oposición a Cristo en lo tocante a la verdad de su Persona, de su misión, de su Evangelio»²⁵. Se acepta a Cristo y a su Iglesia en la medida en que se adaptan a las pretensiones del progresismo laico, en la medida en que no importuna lo que ha decretado la voluntad de la mayoría. Se trata de «un síntoma característico de los tiempos que vivimos»,²⁶ por eso añade san Juan Pablo II que «las perspectivas del capítulo tercero del Génesis que se hacen más comprensibles a la luz de los signos de nuestros tiempos que a la de los propios orígenes».²⁷

La consumación final

DICE san Juan Pablo II, hacia el final de los ejercicios, que «para abarcar totalmente el carácter escatológico de la Iglesia»²⁸ hay que vincularlo con el misterio de la Santísima Trinidad y la economía salvífica; economía que, como habíamos dicho, es acorde al propósito de la creación. La Santísima Trinidad ha abrazado a la humanidad y al

mundo, de modo que la Iglesia «se llama Pueblo de Dios con mayor propiedad que el Israel de la Antigua Alianza».²⁹ Con la encarnación de Jesucristo «se hizo realidad una dimensión completamente nueva de la Divinidad en la humanidad y en el mundo»³⁰, y el mundo y la humanidad «llevan en sí el germen de la plenitud de los tiempos» (cf. Ef 1,10)³¹. Estableciendo también con ello una nueva relación «entre temporalidad y eternidad, entre lo histórico y lo escatológico». Se trata, entonces, de una imagen «más clara y más profunda» de la consumación definitiva, es decir, de aquel momento en que «Dios esté totalmente en todas

Se acepta a Cristo y a su Iglesia en la medida en que se adaptan a las pretensiones del progresismo laico, en la medida en que no importuna lo que ha decretado la voluntad de la mayoría.

las cosas» (I Cor 15, 28). Esta consumación final, que brota del misterio trinitario y que comienza con la encarnación y pasión de Cristo «constituye el fundamento principal de toda la escatología».³² El signo de la Cruz marca el carácter que tendrá esta consumación:

En la sangre de la cruz de Cristo tiene su origen todo este proceso misterioso y esencialmente divino de la salvación, de la justificación y de la santificación, que traza ya el perfil de la futura consumación. A pesar de las resistencias de todo tipo que opone la humanidad, a pesar también de toda la actividad anti-evangélica y de su eficacia, los avatares del hombre en el mundo están esencialmente entretreídos con este esencial proceso divino, con la economía de la gracia y de la salvación. Y aunque nos parezca que ante nuestra vista está surgiendo lo opuesto a la futura consumación; [...], la acción de Dios, sin embargo [...], se abre camino a través de todas estas esferas del mal que se va acumulando en la historia y, en consecuencia, casi inevitablemente hace que todo tienda a conseguir ese perfil de la consumación final en Cristo.

La acción de Dios [...] conduce a través de todas las complicaciones, como también a través de todas las auténticas conquistas del hombre, a esa forma que hombre y mundo deben aceptar y aceptan al final como consecuencia de esta realidad, a saber, que los avatares del hombre y del mundo están en las manos de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que abraza y penetra todo el mundo, porque «en Él vivimos y nos movemos y existimos» (Act 17,28).³³

21. p. 109

22. p. 155-157

23. p. 254

24. p. 77

25. p. 254

26. Ídem.

27. p. 48

28. p. 223

29. p. 224

30. Ídem.

31. p. 197

32. p. 225

33. p. 226-227

Hemos visto con san Juan Pablo II que no debe parecernos extraño que la Iglesia, desde sus orígenes sea una «Iglesia escatológica»,³⁴ es decir, que peregrina expectante de la recapitulación de todas las cosas en Cristo (Ef 1, 10). Todas las realidades terrestres y humanas están en esta misma tensión según la «lógica del amor» que las preside. De ahí que «toda la creación está gimiendo con dolores de parto» (Rm 8, 22). Por eso la fuente de los problemas es el radical engaño iniciado en el Edén —y que hoy ha llegado a su plenitud—, que consiste en hacer ver que precisamente todo lo que fue hecho para conducirnos a la felicidad es aquello más nocivo para el hombre y que ha llevado al rechazo de la soberanía de Jesucristo. Así el hombre, pensando que progresa apartándose de Dios y de su ley, marcha en realidad a su perdición. En esto consiste el problema radical del hombre de hoy. Sin embargo, Dios, por su infinita misericordia ha querido venir a rescatar al hombre y llevarlo a una plenitud aún más alta: hacerlo partícipe de su misma vida, a pesar de que el hombre se resista. Por eso san Juan Pablo II dice

Es la Virgen María la que aplastará la cabeza de la serpiente (Gen 3,15), «precisamente ella: débil mujer», ya que «Dios eligió a los débiles del mundo para confundir a los poderosos»

que «los tiempos que vivimos confirman, con particular fuerza, la verdad contenidas en las palabras de Simeón»³⁵, las cuales son el título de los ejercicios espirituales: «Jesús es luz que ilumina a los hombres y, al mismo tiempo, signo de contradicción».³⁶

Si parece progresar lo puesto a la Consumación final, hay que tener en cuenta que el primer sujeto de ésta «no son ni el mundo ni el hombre sino

Cristo»³⁷ que es «Él quien somete todas las cosas al Padre»³⁸, es Dios «también el que conduce al hombre a la gloria»³⁹. De Él esperamos la salvación, y Él llevará a cabo la consumación final, cuando venga con su Reino. En esta línea afirma el Catecismo

que «el Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un progreso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal, que hará descender el Cielo a su Esposa» (CEC n.677). Los cristianos nos abandonamos confiados a las mismas palabras del Sagrado Corazón: «reinaré a pesar de mis enemigos»,⁴⁰ y en Él ciframos nuestras esperanzas.

También nos confiamos a María, quien desde el principio y hasta el final será «Aquella a la que Dios le confía todo su misterio de salvación».⁴¹ Es la Virgen María la que aplastará la cabeza de la serpiente (Gen 3, 15), «precisamente ella: débil mujer», ya que

«Dios eligió a los débiles del mundo para confundir a los poderosos».⁴²

Coincidiendo con el final del Año Santo de 1975, hemos entrado en los últimos veinticinco años del segundo milenio después de Cristo, nuevo advenimiento de la Iglesia y de la humanidad. Tiempo de espera y, juntamente, de una decisiva tentación; de alguna forma, siempre la misma que conocemos por el capítulo tercero del Génesis, pero en un sentido cada vez más radical. Tiempo de grandes pruebas,

pero también de gran esperanza. Precisamente para este tiempo se nos ha dado la señal: Cristo, «signo de contradicción» (Lc 2, 34). Y la Mujer revestida del sol: «Señal grande en el cielo» (Ap 12, 1).⁴³



34. p.199
35. p.252
36. p.252

37. p.228
38. Ídem.
39. p.235
40. Revelación del Sagrado Corazón a santa Margarita M^a de Alacoque.
41. p.262
42. p.263
43. p.264

La anomia social deriva en la autoaniquilación del hombre

JAVIER BARRAYCOA

PARA entender el trasfondo teológico del momento actual que estamos viviendo y el fenómeno que se ha venido a denominar la anomia social que experimentamos, debemos recurrir al famoso texto de san Pablo:

«Que nadie os engañe de ninguna manera. Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el Hombre impío, el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios (...) Vosotros sabéis qué es lo que ahora le retiene, para que se manifieste en su momento oportuno (...) entonces se manifestará el Impío, a quien el Señor destruirá con el soplo de su boca, y aniquilará con la manifestación de su Venida» (II Tesalonicenses, 3-7).

El contexto de estos versículos es la explicación de las condiciones de la Parusía y han suscitado muchas interpretaciones en las que no entraremos.

La iniquidad se manifiesta en el desprecio a la ley

LA cuestión es cómo trasladar este pasaje, que no es alegórico sino anagógico, en la temporalidad de nuestra existencia y en este momento histórico concreto. Con otras palabras, cómo describir y entender nuestra sociedad presente desde una perspectiva de la teología de la historia. No explicaremos tampoco el sentido específico de qué es el *katejón* («lo que ahora le retiene» al Impío), pues ha sido tratado numerosas veces en esta revista. Sólo especificaremos su característica principal: es un principio de autoridad. Una vez desaparece el principio de autoridad es cuando puede manifestarse el «Impío» (*Homo peccati*), aunque ya esté operando el misterio de la «impiedad» desde la fundación de la Iglesia. Siendo fieles a la Vulgata deberíamos traducir «iniquidad» en lugar de impiedad («*nam mysterium jam operatur iniquitatis*»).

Cuando Francisco Canals comentaba estos pasajes, insistía en el sentido profundo de iniquidad. Es una palabra que en su significación latina literalmente significa desigualdad, pero puede entenderse como injusticia por haberse lesionado las leyes justas. Moralmente, la interpretación de iniquidad es maldad surgida del desprecio a la ley o norma (*nomos*). Por tanto, si el *katejón* es un principio de autoridad, la iniquidad se abre paso bajo forma de anomia o ausencia

Francisco Canals solía recordar, para escándalo de algunos, que este proceso de autodivinización del hombre se culminaba con la Democracia, no entendida como un sistema de elección del gobernante, sino como un proceso de autodivinización colectiva donde el hombre se convierte en su propio hacedor de normas y conductas; y, de paso, validador de la moralidad.

de normas y leyes. Una forma de presentarse la anomia social reinante no es negando las normas, principios de autoridad o leyes, sino autoproclamándose el sujeto racional como única fuente de esa autoridad, normas y leyes. La anomia social es concomitante con la autodivinización del hombre. Correspondería en el texto paulino («todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto») a ese estado de la humanidad que ha de entronizarse antes de que se manifieste el «Adversario» y liquide esta autodivinización del hombre para «sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios».

La autodivinización del hombre

FRANCISCO Canals solía recordar, para escándalo de algunos, que este proceso de autodivinización del hombre se culminaba con la democracia, no entendida como un sistema de elección del gobernante, sino como un proceso de autodivinización colectiva donde el hombre se convierte en su propio hacedor de normas y conductas; y, de paso, validador de la moralidad. Toda la Mo-

derinidad representó, en definitiva, fuera bajo formas democráticas u otras formas de totalitarismo, la superación de la realidad como nos ha sido dada por Dios. Por ello la modernidad nunca ha dejado de ser una forma de «antitipo» (desarrollo y plenitud) de la tentación autodivinizadora del Paraíso. La Modernidad prometió construir el hombre fáustico —el que había robado a Dios su poder creador— para constituirse en una sobre-naturaleza: fuera el superhombre nietzscheano, el hombre soviético o el liberal (condenado en la *Libertas* de León XIII).

El gran sociólogo Daniel Bell, describía el emergente dominio del sistema liberal capitalista en el siglo XX y sus aspectos culturales, afirmando que: «el principio axial de la cultura moderna es la remodelación del yo para lograr la autorrealización». Pero ¿qué aspecto o característica principal implica los actuales deseos de autorrealización? Francis Fukuyama —quien ve en el triunfo el principio de autorrealización, gracias a la democracia, un gran logro de la humanidad—, nos da una pista. Para él, la autorrealización como el motor de la sociedad democrático-liberal triunfante se fundamenta en el triunfo del «*Thymós platónico*». En la filosofía y literatura griega pre-aristotélica, el «thymós» era aquella parte del alma fuente de las emociones y de los senti-

Actualmente, nos han impuesto que la norma moral y la ley política, deben seguir las dinámicas impuestas por los sentimientos y las emociones. De tal modo que cualquier deseo o sentimiento debe ser regulado y elevado a la categoría de bien moral.

mientos. Otra parte del alma el «Nous» que contenía la voluntad y la razón, era la que regulaba el «*Thymós*». Con esta breve explicación queda aclarado el sentido de las palabras de Fukuyama. La «democracia liberal» (de la que es ardiente defensor) consistiría en la primacía de las emociones y sentimientos sobre la razón, lo cual imposibilitaría reconocer la ley natural y la esencia de las cosas.

Actualmente, nos han impuesto que la norma moral y la ley política, deben seguir las dinámicas impuestas por los sentimientos y las emociones. De tal modo que cualquier deseo o sentimiento debe ser regulado y elevado a la categoría de bien moral, aunque sólo atañe al deseo concreto de una minoría o una sola persona. Cuántas veces hemos oído que no podemos repudiar una actitud o a una persona porque «se siente así o asá»; o que «nadie me puede prohibir ser como me siento o quiero ser». Por eso el sentimentalismo, como justificación ética, acompañado de la exigencia

de que el Estado moderno lo reconozca como derecho inalienable, es una de las características más sutiles de la sociedad actual.

De la «razón absoluta» al «subjektivismo absoluto»

RAFANEL GAMBRA, en *Tradición o mimetismo*, comenta que la Razón ha dejado de ser la esencia del universo y el instrumento para penetrarlo y dominarlo. Este sería un síntoma de la posmodernidad que abandona el paradigma de la Razón absoluta de la Ilustración para desembocar en un «subjektivismo absoluto». En el fondo la posmodernidad puede ser entendida como una continuación lógica de la Modernidad aunque muchas veces nos es presentada como una disrupción. De hecho, el paradigma moderno del hombre roussoniano, contiene las dos categorías: por un lado, el hombre debe liberarse o desvincularse de cuanto lo constriña; pero, por otro lado, es la sociedad, por el famoso Contrato social, la que le permite esa liberación de su naturaleza o la plenitud de la misma (paradójicamente estos conceptos opuestos, en Rousseau son sinónimos). Podemos ilustrar esta teoría roussoniana con una imagen más actual.

El Estado reconoce y regula derechos subjetivos en torno a la sexualidad, sentimientos e identidades. El sujeto posmoderno se siente así liberado. Es un ser anómico, pero se siente sostenido por las normas protectoras del Estado. En otros términos, su «liberación» y autodiviniación, se sostienen en el Estado que tanto dicen despreciar. La anomia existencial exige de normas reguladoras para que el subjektivismo individualista y voluntarista se convierta en un «absoluto ético» intocable. Por el contrario, el Estado convierte en delincuente o sujeto inmoral a quien ose poner en duda el principio del relativismo moral o la anomia. Estamos por tanto ante la inversión total de la realidad. En ese paso de transición entre la modernidad y la posmodernidad, el hombre sufre lo que Gambra denomina «la herida del tiempo». Esta expresión se refiere a la característica psicológica del hombre anómico: frente al hombre que está connaturalizado con la tradición como conjunto de entregas y donaciones recibidas en tiempo personal e histórico, el hombre posmoderno está condenado a sentir el pasado como una alienación y extrañeza. La «atemporalidad», propia de las sociedades anómicas, es un sucedáneo de la eternidad querida y odiada a la vez.

Gambra recoge la descripción de Max Picard que «ha caracterizado a nuestra época como “un mundo de huida”, un mundo fáustico de la praxis, que ignora la contemplación y, con ella, la donación y el compromiso trascendente». Nuestro autor continúa describiendo a este hombre del cual: «Su nuevo símbolo o imagen será la “eclosión” (*écletament*) o irrupción: entrega autocreadora y transformadora de la realidad, donación libre que brota de un interno impulso vital». Las formas sutiles y aparentemente ingenuas de este nuevo hombre, subsumido en un capitalismo de masas, las encontramos en el turismo, la moda, el consumismo, el esteticismo, la profunda y misteriosa atracción hacia las masificaciones reales (en forma de escenarios, competiciones o grandes áreas de consumo) o virtuales (redes sociales). El hombre se autoproclama un sujeto autorrealizado que debe ser reconocido como tal por una masa de sujetos igualmente autorrealizados.

La autoaniquilación del hombre

ESTE angustiante estado psicológico, que podría explicar el estado depresivo de la sociedad, los ataques de pánico, el pavor ante el principio de la realidad o la aversión hacia la naturaleza de las cosas, se aleja experiencialmente del hombre autodivinizado que fue expresado por Max Stirner. Este anarquista, en su obra *El único y su propiedad*, expresa sin rubor lo que significa el yo absoluto. Concluye su obra con estas estremecedoras palabras:

«Se dice de Dios: Los nombres no te nombran. Eso es igualmente justo para mí; ningún concepto me expresa, nada de lo que se considera como mi esencia me agota, no son más que nombres. De Dios se dice, además, que es perfecto, y que no tiene ninguna vocación, que no tiene que tender hacia la perfección. También esto es cierto para mí. Yo soy el propietario de mi poder, y lo soy cuando me sé Único. En el Único, el poseedor vuelve a la nada creadora de la que ha salido. Todo ser superior a mí, sea Dios o sea el Hombre, se debilita ante el sentimiento de mi unicidad, y palidece al sol de esa conciencia. Si yo baso mi causa en mí, el Único, mi causa reposa sobre su creador efímero y perecedero que se consume a sí mismo, y Yo puedo decir: Yo he basado mi causa en Nada».



El hombre actual aún no es capaz de digerir este tipo de declaraciones como principio vital y refugia su vértigo existencial en «valores». Eso sí, con la condición de que no sean impuestos, puedan ser revocados por uno mismo y no se «impongan» a los demás. Todo ello queda acogido por el paraguas de estructuras lingüísticas e imaginarios sociales que «nos han sido impuestos» para que «nos sintamos libres»: tolerancia, solidaridad, humanismo, ecología (primacía de la creación sobre el hombre), son los tocones que nos impone el Estado para que la anomia mental y moral se sustente y el individualismo –llevado a su extremo– no nos aboque al conflicto autodestructivo (al hombre roussoniano antes de su famoso pacto social).

Volvamos al texto inicial de san Pablo que hemos citado: «Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el Hombre impío, el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios». Cuando este texto era comentado por Francisco Canals, advertía de su dificultad. La figura anticristica –insistía– no se levanta sólo contra Dios pues la apostasía ya se habrá producido, sino que se erigirá contra lo que se haya autodivinizado y convertido en objeto de culto. Por tanto, ese momento consistirá en la desaparición

de todo aquello que pretenda ocupar el lugar de Dios: las ideologías modernas y sus diseños del superhombre que antes hemos citado, incluso la autoidolatría del hombre nihilista, absolutizado en su individualidad y sólo coexistiendo de la nada (como describió Stirner).

La última y aplastante consecuencia de la anomia, la negación de todo principio de autoridad, norma y naturaleza de las cosas, es la autoaniquilación del hombre. El mundo que ya empezamos a vivir es el que niega incluso al hombre autodivinizado para proclamar su capacidad de dejar de ser hombre. Por eso, la nueva forma de nihilismo es la imposición ideológica del trans-especieísmo: el derecho absoluto que tengo a negar que soy parte de la especie humana. La autocreación del «Hombre» acaba asesinando al hombre. No en vano al Diablo se le conoce como el Homicida.

La crisis de autoridad y su consecuencia en la familia

MERCEDES PALET FRITSCHI

La primera acepción que recoge el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua para la palabra «autoridad» es la de «poder que gobierna o ejerce el mando, de hecho o de derecho»; a esta acepción le siguen las de «potestad, facultad, legitimidad» y la de «prestigio o crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad o competencia en alguna materia». Una cuarta acepción es la de «persona que ejerce o posee cualquier clase de autoridad».¹ Estos significados del concepto de «autoridad» son, pues, todos aplicables en el contexto de vida que es propio del ser humano: la vida en sociedad. Porque, puesto que «es natural al hombre vivir en sociedad, es necesario que tenga una guía dentro de la multitud. [...], que además de que haya algo que mueva al individuo a buscar su propio bien, haya algo que le mueva a buscar el bien común de la colectividad. [...] Es necesario, pues, que donde se da una pluralidad se dé un principio unificador».² Y este principio unificador es el principio de autoridad, por el cual, por encima de los bienes particulares y legítimos de cada uno de los miembros de una comunidad, se busca el bien común de todos ellos. Porque «según el bien propio todos difieren; según el bien común, se unifican».³ Desde esta perspectiva se entiende la autoridad como principio unificador al servicio del bien común. En este sentido, la primera misión de la autoridad es la de mantener firme la mirada y el afán en la obtención del bien común y la de buscar y propor-

cionar a los miembros de la comunidad los medios necesarios para la obtención de fin. Por eso «es necesario que los hombres, por vivir en comunidad, sean regidos cuidadosamente por alguien».⁴

La experiencia de la vida cotidiana del hombre de hoy, no es necesario aquí profundizar en ello, hace evidente que en nuestros días vivimos sumergidos en una gran crisis de autoridad, que no es nueva de hoy sino más profunda y que cada vez con

más fuerza e intensidad afecta enfermándolas más dimensiones de la vida del hombre. Esta crisis de autoridad abarca todos los ámbitos en los que la autoridad, de forma natural, se aplica. Hace más de sesenta años que en esta misma revista se advertía que la crisis de la autoridad significa «que se están poniendo en tela de juicio los fundamentos mismos de la realidad entera»,⁵ fundamentos que en nuestros días no sólo son cuestionados teórica e ideológicamente sino ya negados y combatidos prácticamente en la vida social cotidiana. Se ha levantado la bandera de unas equivocadamente llamadas «libertades individuales» por encima de

toda realidad y de toda ley de la naturaleza. El hombre de hoy no quiere inclinarse ni doblar la rodilla ante nada ni ante nadie. Las consecuencias de todo ello son palpables: «la multitud se dispersa en sus fines»⁶ y se sume en el caos y la confusión; porque la crisis de la autoridad soporta, si cabe, crisis mucho más graves: la de la libertad y la de la verdad propias del ser humano.



1. Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, <https://dle.rae.es/?id=4UNmzWP>.

2. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*, capítulo I.

3. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*, capítulo I.

4. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*, título del capítulo I.

5. HERNANZ FRANCISCO, *La crisis de autoridad. Una cuestión más acerca de la educación*, CRISTIANDAD, 15 junio de 1955, Nr. 270, Año XII, p.229 y 230.

6. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*, capítulo I.

Especialmente atacada y debilitada por los constantes ataques que recibe, por esta crisis de autoridad y de verdad, es la familia, y más particularmente, la familia cristiana. Y ello es así porque siendo el principio de autoridad el más necesario para que una comunidad alcance sus fines, su quiebra afecta especialmente a la primera y más esencial de las comunidades humanas: la familia. Y a nuestro juicio no es casualidad el que la familia sea, aparentemente en un sentido meramente cronológico, la última comunidad afectada y dañada por la quiebra del principio de autoridad. Previamente lo han sido las comunidades que la familia requiere para poder cumplir con sus fines naturales, en especial, la escuela y también todo ámbito social y cultural en el que se mueve la vida de los miembros de la familia. «Toda ley se ordena al bien común»⁷ —enseña santo Tomás de Aquino. Hoy en día, particularmente en las naciones occidentales, las legislaciones que más directamente incumben a la familia (como son las leyes de educación, las leyes laborales, las leyes de protección y promoción del matrimonio y de la natalidad, pero especialmente la ley del divorcio y también la ley del aborto, así como también las leyes que «regularizan», legitimándolas, las «nuevas formas» de «matrimonio», leyes que regularizan, legalizándola, la concepción humana fuera e independientemente del acto conyugal) en lugar de protegerla y promocionarla, la dificultan cuando no la impiden en la consecución de su fin propio.

El ataque a la familia por ser reflejo del amor de Dios

LA familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, tiene, efectivamente, un fin propio que corresponde a la misma esencia de su naturaleza: la educación

7. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I-II, c. 90, a. 2, in c.

de los hijos. «La familia recibe inmediatamente del Creador la misión, y por esto mismo, el derecho a educar la prole... Y como la obligación del cuidado de los hijos pesa sobre los padres hasta que la prole se encuentra en situación de velar por sí misma, perdura también durante el mismo tiempo el inviolable derecho educativo de los padres. Porque la naturaleza —enseña el Angélico— no pretende solamente la generación de la prole, sino también su conducción y promoción hasta el estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud».⁸ El padre y la madre, unidos indisolublemente por el matrimonio, son el principio de autoridad que rige y guía cuidadosamente la familia.⁹

«El matrimonio, por consiguiente, está ordenado por naturaleza a la educación de los hijos, al perfeccionamiento de sus almas por medio de la virtud. La razón, por tanto, que relaciona tan esencialmente matrimonio [y, por lo mismo, familia] y educación no es otra que la naturaleza».¹⁰ La unión indisoluble entre los esposos es, en efecto «el fundamento de la preocupación, de la entrega, de la dedicación, de los padres hacia sus hijos. Abdicar del matrimonio indisoluble es poner en duda la responsabilidad paternal».¹¹ Es urgente afirmarlo y tantas veces como sea necesario en estos tiempos de acentuada

8. Pío XI, *Divinii illius Magistri*, n. 28

9. [...] *Por ello se llama rey por antonomasia quien rige toda una ciudad o una provincia; mas quien dirige una familia no es rey sino padre. Mas por cierta semejanza entre ellos, se llama a veces a los reyes padres del pueblo.* SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*, capítulo I.

10. ENRIQUE MARTÍNEZ, *Familia y educación según santo Tomás de Aquino*, ponencia en la XVI sesión plenaria de la Pontificia Academia de Santo Tomás, «San Tomasso, el matrimonio e la famiglia» celebrada en Roma, del 17 al 19 de junio de 2016.

11. PETIT SULLÀ, JOSÉ MARÍA, *La destrucción de la familia por el marxismo*. ponencia en la XVI reunión de Amigos de la Ciudad Católica «La familia: sus problemas» celebrado en el Estudio general San Vicente Ferrer, el Vedat de Torrent (Valencia) los días 9, 10 y 11 de diciembre de 1977. Revista VERBO N. 178, p. 1045-1052.

¿QUÉ PENSABA MARX SOBRE LA FAMILIA?

... Cuando se ha descubierto que el secreto de la familia celestial es la familia terrenal, se debe destruir primero a ésta en la teoría y en la práctica.

KARL MARX, *Tesis sobre Feuerbach*, IV (escritas en 1845 y publicadas en 1888)

confusión: la familia es, por naturaleza, la educadora del ser humano. Y puesto que los padres son «el principio de la generación, crianza y educación y de todo lo relativo a la perfección de nuestra vida humana»¹² se hace evidente un mutuo acuerdo entre la generación natural y la educación espiritual.

Si bien en el proceso de descomposición anárquica la familia es aparentemente la última en sufrir directamente el ataque, es, no obstante, desde un principio, el principal foco de atención del misterio de anomia

«Estamos asistiendo al proceso de desaparición de todo principio unitario en el mundo. Hay una anarquía en el orden político, en lo pedagógico, en lo teológico, en lo pastoral, en lo jurídico canónico, en lo familiar, en la vida escolar y en todas las dimensiones de la sociedad».¹³ En este proceso continuado la familia, y mucho más la familia cristiana, si bien en el proceso de descomposición anárquica es aparentemente la última en sufrir directamente el ataque, es, no obstante, desde un principio, el principal foco de atención del misterio de anomia.

¿Y por qué este ataque furioso y decidido contra la familia? En definitiva, porque «la familia misma es el gran misterio de Dios».¹⁴ Porque, en efecto, puesto que el orden natural es una participación del orden divino, existe una relación entre las realidades naturales y su origen y destino sobrenatural. La familia recibe «inmediatamente del Creador la misión, y por esto mismo, el derecho de educar a la prole; derecho irrenunciable por estar inseparablemente unido a una estricta obligación; y derecho anterior a cualquier otro derecho del Estado y de la sociedad, y, por lo mismo, inviolable por parte de toda potestad terrena».¹⁵ Por eso, «la grandeza del ser humano que viene a la vida en el seno de

una familia no podría ser comparada más que con el mismo acto creador de Dios».¹⁶

«Dios comunica inmediatamente a la familia, en el orden natural, la fecundidad, principio de vida y, por tanto, principio de educación para la vida, junto con la autoridad, principio del orden.»¹⁷ El muy recordado José María Petit Sullá advertía que «no se entiende el ataque a que está sometida la familia [por parte de la ideología marxista] si no se ha pensado primeramente en su profunda realidad, esto es, en la relación que guarda con la paternidad divina».¹⁸ Los padres de familia son, por la participación del orden natural en el orden divino, representantes de Dios y, por ello, partícipes de su autoridad. El ataque a la familia, y más especialmente a la familia cristiana, es ataque contra Dios.

Defender la familia con espíritu de cruzada

DE este ataque debe defenderse y protegerse la familia cristiana con «espíritu de cruzada», porque «mientras en el hogar doméstico brille la llama sagrada de la fe cristiana y los padres imbuyan con esta fe las almas de los hijos, no hay duda alguna de que nuestra juventud estará siempre dispuesta a reconocer prácticamente la realeza de Jesucristo y a oponerse valiente y virilmente a todos cuantos intenten desterrar al Redentor de la sociedad humana y profanar sacrílegamente sus sagrados derechos. Donde se cierran las iglesias, donde se quitan de las escuelas y de la enseñanza la imagen de Jesús crucificado, queda el hogar familiar como el único refugio impenetrable de la vida cristiana, preparado providencialmente por la benignidad divina».¹⁹ Con Francisco Canals creemos que «estas vibrantes consignas del Papa son, de sí, suficientemente expresivas para revelarnos cuál es la auténtica misión de la familia cristiana en la lucha “bajo las banderas del Rey”, a la que ningún católico puede dejar de sentirse convocado.»²⁰

12. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, II-II, c. 102, a. 1, in c.

13. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *La apostasía, la quiebra del principio de autoridad por el advenimiento mundial de la democracia y la manifestación del Anticristo*, en *Mundo histórico y Reino de Dios*, Ediciones Scire, Barcelona 2005, p.122.

14. PETIT SULLÁ, JOSÉ MARÍA, *El matrimonio como sacramento y la familia como iglesia doméstica*, en OBRAS COMPLETAS, *Al servicio del reinado de Cristo*, Tomo I artículos doctrinales, volumen II, p. 502.

15. PÍO XI, *Divini illius Magistri*, n. 27.

16. PETIT SULLÁ, JOSÉ MARÍA, *La destrucción de la familia por el marxismo*, 2

17. PÍO XI, *Divini illius Magistri*, n. 25.

18. PETIT SULLÁ, JOSÉ MARÍA, *La destrucción de la familia por el marxismo*.

19. PÍO XII, *Summi Pontificatus*, n. 64.

20. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Cuando la sociedad se aparta de Dios y de la Iglesia, queda la familia como el refugio providencial de la vida cristiana*, CRISTIANDAD, 164, enero de 1951, p. 29-30

El transhumanismo como manifestación de la soberbia humana

STEFANO ABBATE

El transhumanismo como manifestación de la soberbia humana

EL fracaso de la modernidad filosófica y de todos sus grandes proyectos de redención secular de la humanidad ha conducido a una conciencia cada vez más desgraciada del hombre. La frustración que esto ha significado ha desembocado en lo que se suele llamar posmodernidad que es el fin de todo intento de motivar y dotar de significado a la existencia del hombre. El profundo nihilismo de nuestros tiempos, que se manifiesta en las más variadas formas, es consecuencia de la decepción con lo «humano» y de su incapacidad para solucionar los problemas de nuestra existencia. Sin embargo, el mito del progreso científico todavía persiste gracias a los grandes avances tecnológicos de las últimas décadas que han dado una nueva ninfa vital al sueño de mejorar lo humano (*human enhancement*). Por esta razón, lo que se ha venido llamando «transhumanismo» es una forma radical de humanismo moderno que ensalza la autodeterminación y la autonomía del hombre por la aplicación de la tecnología a su naturaleza. Entre el transhumanismo y lo que suele denominarse posthumanismo nos parece que solamente hay una dimensión temporal pues hay una lógica profunda en los dos movimientos. El posthumanismo que preanuncia la desaparición de lo humano para su reconversión en soporte tecnológico o *ciborg* contiene toda la carga antihumanista y de desprecio por el hombre que el transhumanismo todavía esconde bajo las apariencias de una técnica que promete mejorar la vida del hombre. Sin embargo, aquel «hombre» derrotado y decepcionado de la modernidad es el mismo que debe ser superado tanto en el transhumanismo como en el posthumanismo. En este sentido, el primer movimiento es solamente un momento que debe conducir a lo segundo pues, para que se inserte profundamente en la conciencia colectiva, se necesita de entrada de una apariencia positiva y atractiva.

La fuerza del transhumanismo en nuestros días, con la presencia de continuadas noticias relacionadas con los avances tecnológicos que pueden y podrán aplicar-

se al hombre, reside en su promesa de una humanidad más libre y cumplida. Especialmente en el campo de la medicina y de las biotecnologías parecen residir las más intensas esperanzas de bienestar humano. El envejecimiento, el potencial cognitivo y el sufrimiento involuntario son los grandes ejes sobre los cuales se forma esta posibilidad de un porvenir mejor.

Antecedentes filosóficos del transhumanismo

EL avance de la técnica y su presencia en la vida ordinaria de las personas produce un efecto particular sobre las personas: la percepción de la facilidad de la vida donde siempre cabe una solución; juntamente al enorme abanico de posibilidades que se perciben al alcance. Nuestra sociedad está sobrestimulada y anestesiada por estas dos facetas que esconde



la tecnología. La entrada del transhumanismo en la conciencia colectiva y su fácil atractivo se insertan en este contexto de posibilidades indefinidas que la tecnología parece proponer. La inmediatez y la fluidez de la tecnología moderna se ajustan al paradigma moral de nuestra época: todo y ahora. Es así como la tecnología actúa como un hechizo que conquista por sus artes mágicas; de hecho, el usuario medio resulta totalmente

ignorante respecto al funcionamiento técnico de lo que le rodea.

En los autores que los transhumanistas reconocen como padres de su movimiento encontramos una idea permanente de superación de los límites impuestos a la naturaleza humana que se presenta como el escollo a someter y superar para romper los límites de la felicidad humana. No es casualidad que una de las mayores personalidades del transhumanismo, Nick Bostrom, haga referencia al concepto de *hybris*, es decir, la desmesura o arrogancia que debe ser castigada, para referirse a los padres filosóficos del transhumanismo. En primer lugar, encontramos a Prometeo como el emblema de la *hybris* por haber robado el fuego a los dioses. Del mismo modo los alquimistas que intentaron alargar la vida y «trascender nuestros límites natu-

rales». Las persecuciones de sus actividades «impías» y las acusaciones que recibían por invocar a «poderes demoniacos» se deben atribuir a la «viciada filosofía escolástica de la Edad Media». Con el **humanismo renacentista**, dicen, se vuelve a confiar en el poder del hombre de darse a sí mismo una misión más grande respecto la que parece derivarse de su naturaleza. Pico de la Mirandola ya prefiguraba un hombre capaz de darse una nueva forma a sí mismo, hasta ascender a la vida divina por las propias fuerzas. De la **Ilustración** se enfatiza esta tendencia del humanismo racionalista en el cual el transhumanismo «hunde sus raíces», a saber: la fuerza de un progreso imparable; los avances de la ciencia y de la medicina; y el profundo materialismo que reduce el aspecto espiritual del hombre a mera capacidad de cálculo y procesamiento. La base racionalista y materialista confluye en los avances tecnológicos del siglo XX. La genética, el conocimiento atómico de la materia, la robótica, la mecanización de los procesos productivos, permiten finalmente vislumbrar cómo la tecnología puede incrementar indefinidamente las capacidades humanas hasta trascender su misma naturaleza.

Sin embargo, es solamente con los ultimísimos avances tecnológicos que el movimiento transhumanista se ha impuesto en la opinión pública como algo razonable y posible. En este contexto se colocan: **la teoría de la singularidad**, es decir, una progresión tecnológica prácticamente vertical gracias a la capacidad de las máquinas de autoprogramarse y convertirse en autónomas en el proceso de crecimiento; **la inteligencia artificial** que permite reproducir, mejorar y anticipar la inteligencia humana; **las nanotecnologías** que podrían llegar a modificar enteramente la estructura molecular de cualquier material (incluyendo los órganos humanos); y el **uploading**, es decir, la posibilidad de transferir una mente humana como datos a un soporte exterior para que sigan viviendo. Se perfila así una vida que superará la naturaleza del hombre gracias también a la eugenesia pre-implantacional. Naceremos y viviremos sin enfermedades, con un potencial de superinteligencia y rendimiento descomunal. Hasta la muerte no tendrá más cabida gracias a la «suspensión criogénica». He aquí un mundo feliz revestido de optimismo ideológico que promete nuevamente remediar a los fallos naturales del hombre.

La superación de la naturaleza

EL transhumanismo, como mitología de la posmodernidad, prescinde completamente del concepto de naturaleza. No solamente niega que existe una naturaleza en sentido metafísico, sino que considera que es posible crearla desde cero a través de la fuerza de la tecnología. El olvido del concepto de

naturaleza que se ha ido gestando ya en la modernidad filosófica conduce a la negación de la existencia del alma cayendo así en un craso materialismo a la vez que niega una cualquiera finalidad de las operaciones humanas. De este modo, la conducta humana se vacía de contenido moral y se apoya solamente en el despliegue de las potencialidades ofrecidas por la tecnología. Una vez desaparecido el concepto de naturaleza permanece válido únicamente el derecho de poder hacer todo lo que está al alcance de la acción; como diría Spinoza, «un derecho soberano sobre todo». El deseo y el placer se convierten en la regla de acción del hombre que no reconoce nada ni nadie superior a él bajo lo cual someterse. No hay naturaleza y tampoco un Dios al cual responder. Para llegar a prefigurar lo transhumano se hizo necesario primero reducir el hombre a animal haciéndolo esclavo de sus deseos y caprichos, volcado al placer sensible y temeroso de cualquier forma de negatividad y de dolor. La misma vida del hombre debe ser fácil como la experiencia de la tecnología, maleable y sin imprevistos molestos. La tecnología es así solamente el último medio que se ofrece para volver a revitalizar la antigua ilusión prometeica de alcanzar la felicidad sin Dios y en contra de Él. Anteriormente, el mismo papel lo habían usado las ideologías, la lucha de clase, la guerra, la nación y tantos otros sucedáneos para generar la ilusión de un cambio inminente en nuestra condición humana.

El transhumanismo es hijo, por un lado, de los innegables avances técnicos de la ciencia. Pero esto sería circunstancial si no fuera acompañado de la profunda decepción por cómo es el hombre y por la urgente tarea de salvarlo a través del esfuerzo humano. Cualquier obstáculo se percibe como una insufrible limitación a lo humano que debe hacerse divino y por esto el fin del hombre se trasmuta en liberarse de lo humano, siendo su naturaleza lo más limitante. De aquí que el materialismo del transhumanismo esconda en realidad un viejo patrón gnóstico: la materia debe ser superada y reorganizada para poder ser expresión de lo realmente humano, que debe perder su corporalidad, hasta reducirse a dato, impulso eléctrico, a una materia etérea e inconsistente. Si la materia no es más corporal sino más bien informatizada en sentido tecnológico, el hombre podrá dar salida a lo que es su potencial anímico. En definitiva, la corporalidad no es lo humano; lo propiamente humano debe ser «trans» y pasar del otro lado de la corporalidad hasta desaparecer. Haciéndose otro, lo humano puede unirse con todo lo que no es humano: con lo animal (especismo), con el medio ambiente (ecologismo) y con la máquina (*cyborg*). El terreno ya está preparado para el posthumanismo, desemboque natural del transhumanismo, en el cual se aprecia claramente la carga de odio por todo lo que es humano, su naturaleza, su corporeidad, su racionalidad. El hombre debe desaparecer, auto-

extinguirse y dejar espacio a otra forma de vida hasta ahora desconocida. La técnica se convierte así en la liberación del hombre.

Transhumanismo y soberbia

EN el Evangelio, Cristo nos ha amonestado repetidamente acerca de la necesidad de reconocer los tiempos en los cuales vivimos y la advertencia de saber reconocer los signos de los tiempos últimos. La adoración del hombre en su autonomía y suficiencia es un rasgo de los tiempos de apostasía que estamos viviendo. El odio a Dios característico de la modernidad con sus variadas manifestaciones de ateísmo y odio a lo sobrenatural se ha extendido ahora a todo lo que lleva el sello de la creación. En un círculo perverso, el odio del hombre hacia sí mismo, reflejo del odio al Dios creador, es fruto de la soberbia de querer erguirse como juez de la obra divina y nuevo hacedor de lo humano, una vez destruida la antigua huella natural, para crear un hombre finalmente digno de auto-adoración. Es la idolatría por aquello que debería ser el hombre, que la que nace el odio a Dios y la titánica obra de su reconversión en lo posthumano. Lo grave de la soberbia es «querer elevarse sobre uno mismo, querer dejar de depender de Dios, no querer recibir nada de

Dios ni someterse a Él, no tener nada que agradecerle, ni nada que obedecerle, ni temerle, ni esperar nada de Él». El transhumanismo es ciertamente fruto de la soberbia del hombre que desafía a Dios imputándole la culpa de su propia naturaleza, acusándole de no ser suficientemente bueno: por esta soberbia se llega a la aversión a Dios. Pero es también un signo de nuestros tiempos en la medida que quiere convertir al hombre en potencia calculadora, en máquina productora, en definitiva, en un número. Como recordaba Ratzinger en un discurso pronunciado poco antes de ser elegido Papa: «la bestia es un número y trasforma todo en números. Dios, sin embargo, tiene un nombre y llama por nombre». Esta bestia que el transhumanismo y el posthumanismo prefiguran nos remite a la bestia apocalíptica que sale de la tierra, aquella de la gentilidad por la cual se adora un poder inmanente, de corte democrático, donde se afirma la absoluta primacía del hombre sobre cualquier límite y se odia toda trascendencia. Vivimos tiempos en los cuales, bajo la apariencia de una exaltación de las potencialidades escondidas del hombre y de su definitiva liberación, se esconde el más agudo desprecio y el más profundo odio hacia todo lo divino y todo lo humano. Por esto, se hace urgente, como decía el padre Orlandis, pedir a Dios una «humildad humilde» que no es otra cosa que la infancia espiritual y una profunda esperanza teológica.

«La eternidad sólo nos la da Dios»

El hombre busca la eternidad por medio de la ciencia pero la eternidad sólo nos la da Dios. Llegará un tiempo en el que viviremos eternamente con Él.

En el mundo posmoderno la eternidad se ha convertido en un asunto comercial. En el mejor de los mundos la caridad desaparecerá, porque todo el mundo será fuerte y sano. Un infierno en la tierra.

La Iglesia no tiene derecho a ser mediocre. Si se niega a denunciar los sueños prometéicos de nuestro tiempo, falta gravemente a su misión divina. Si no pone ningún remedio a las derivas transhumanistas, traiciona a Cristo. Si se adapta a los tiempos se aleja de Dios. El peligro es grave.

(...) Hay que escuchar a Dios. Aceptar nuestra finitud. A través de la Encarnación, Cristo nos enseña que el camino de la felicidad no consiste en negar nuestra condición de criatura. No: Él ha venido a encarnarse. Él nos enseña el camino. Él es el hombre perfecto. Y no ha querido prescindir de ninguno de los límites de nuestra condición humana. (...) Cristo nos enseña que la misma muerte puede dar paso a la vida eterna si la aceptamos. La ideología transhumanista está inspirada por la triste tentación de imitar la Resurrección. Solo Dios hecho hombre puede vencer la muerte.

Cardenal R. SARAH, *Se hace tarde y anochece*, p. 265-266

«La profunda crisis espiritual, moral y política en el mundo contemporáneo»

JORGE SOLEY

EL último libro del cardenal Robert Sarah, *Se hace tarde y anochece*, resuena como una voz profética en el momento que vivimos. Se habla mucho de «voces proféticas» cuando, en muchas ocasiones, nos encontramos solamente ante el enésimo intento de pactar una tregua con el Mundo. No es el caso de este libro, que como los profetas de antaño no silencia nada (lo advierte el mismo autor: «Seguir a Cristo es renunciar al mundo, a sus criterios y a su aprobación»), nos pone ante la realidad de nuestras enormes miserias pero, al mismo tiempo, exuda esperanza por todos sus poros.

Estamos ante el tercer libro del cardenal Sarah, en lo que bien se puede leer como una trilogía. Primero sorprendió al mundo con aquel *Dios o nada*, que ya desde su mismo título es una osada proclama. Luego sorprendió aún más con su redescubrimiento de *La fuerza del silencio*, poniendo el dedo en la llaga sobre lo que necesita imperiosamente un mundo ahogado por el ruido.

Ahora concluye esta monumental trilogía con este imprescindible *Se hace tarde y anochece*, un nuevo libro entrevista con Nicolás Diat, como los dos anteriores, en el que el cardenal Sarah aborda la crisis en la que estamos sumidos y que va mucho más allá de determinados aspectos particulares. En palabras del propio cardenal Sarah «En la raíz de la quiebra de Occidente hay una crisis cultural e identitaria. Occidente ya no sabe quién es, porque ya no sabe ni quiere saber qué lo ha configurado, qué lo ha constituido tal y como ha sido y tal y como es. Hoy muchos países ignoran su historia. Esta autoasfixia conduce de forma natural a una decadencia que abre el camino a nuevas civilizaciones bárbaras». Y concluye, como ya hiciera en su día el genial Donoso Cortés, afirmando lo evidente para cualquier

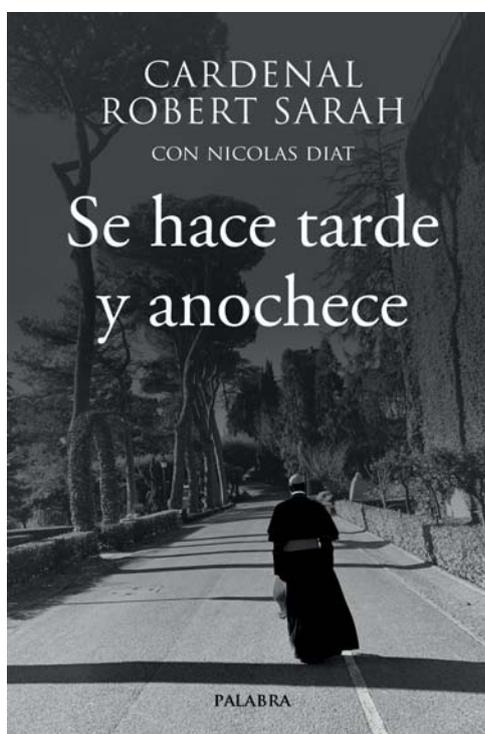
persona atenta: «la pérdida del sentido de Dios es la matriz de todas las crisis».

El diagnóstico que nos ofrece el cardenal Sarah es tremendo y lucido a un tiempo. Vivimos en una profunda crisis espiritual, moral y política: crisis de la fe y de la Iglesia, declive de Occidente, traición de sus élites, relativismo moral, globalización sin límites, capitalismo desenfrenado, nuevas ideologías, agotamiento político,... el cardenal Sarah no se calla nada y va analizando todos estos aspectos con precisión.

Algunos le tacharán de pesimista, de solamente fijarse en los aspectos negativos. En esto se asemeja el cardenal Sarah a lo que le ocurría al padre Orlandis, al que también calificaban de pesimista. Pero como el propio padre Orlandis explicaba en su célebre artículo «¿Somos pesimistas?», hay un pesimismo que acierta de pleno: «Un médico visita un enfermo y juzga con serena objetividad que la enfermedad es incurable: se dice del dictamen del médico que es pesimista. Hablando con propiedad habría que aplicar el calificativo no al médico ni a su

dictamen, sino a la realidad del mal; el dictamen del médico no hace sino afirmar un mal que en realidad existe; tal vez no habrá sido bastante mirado o prudente al manifestar su juicio delante de personas a quienes la verdad podría ocasionar males, pero esto nada merma de lo acertado del dictamen». Seguía el padre Orlandis apelando a un optimismo nuclear, que no es incompatible con el más crudo realismo a la hora de diagnosticar los males, pero que pone toda su esperanza, sobrenatural y no meramente humana, en la omnipotencia divina, en la realeza de Cristo. Palabras que se aplican a la perfección al «pesimismo» del cardenal Sarah y a su optimismo nuclear y sobrenatural.

Porque, efectivamente, el cardenal Sarah no se



queda en la enumeración y análisis de nuestros males, que disecciona magistralmente. No podía quedarse ahí un hombre que conoce a Dios, que confía absolutamente en Él y que, en consecuencia, nutre una esperanza indestructible. La situación es grave, ciertamente, pero nada hay imposible para Dios y sólo con Él podemos aspirar a edificar un mundo digno del hombre. Basta descubrir a Dios, amarlo y estar dispuesto a ser instrumentos suyos, trabajar por su Reino, y así ninguna potencia podrá desbaratar sus planes. Sin olvidar nunca que este mundo es pasajero, sabedores de que «la Tierra no es más que una puerta hacia el cielo», aquella mala noche en una mala posada de Santa Teresa de Jesús, y que «el cristianismo no es para nada una religión del progreso. Es la religión de la salvación».

Sí, en *Se hace tarde y anochece* el cardenal Sarah nos ofrece un certero recorrido por la crisis espiritual que asola Occidente, revisando los grandes temas que marcan nuestro tiempo: la crisis de la fe, de una Iglesia que parece que ha perdido el rumbo, la crisis del sacerdocio, los resultados del ateísmo práctico que ha abrazado el mundo occidental, la crisis de Europa, el desprecio a la vida, la decadencia cultural, todo ello teñido por esa acedia generalizada que tiene como consecuencia un trágico rebajamiento del hombre y un desprecio generalizado de la vida. Pero en esta obra, que es a la vez análisis teológico, filosófico, sociológico y profunda meditación espiritual, el cardenal Sarah, en la estela de san Juan Pablo II (recordando la enseñanza del santo Papa acerca de los actos intrínsecamente malos, escribe que «no existe ninguna situación en la que la norma moral sea imposible de poner en práctica. En efecto, esto implicaría que el Creador se contradice y nos pide ir contra el sabio orden que Él mismo ha inscrito en la Creación»), pero sobre todo de su maestro, Benedicto XVI, sin olvidar a otras referencias que han ido conformando su visión del mundo y del hombre, como los francófonos Bernanos y De Lubac o el también profético disidente ruso Solzhenitsyn, brinda a los cristianos un valioso instrumento para orientarnos y alimentar nuestra fe, esperanza y caridad. Y en esta tarea no se queda en divagaciones, sino que desciende incluso a recetas muy prácticas, como cuando escribe que «una parroquia en la que no hay adoración al Santísimo Sacramento es una parroquia muerta o enferma».

Los pasajes en los que brilla de modo especialmente intenso el esplendor de la Verdad a lo largo del libro son numerosos y arrojan mucha luz y consuelo para todos aquellos que ven con dolor cómo la

desorientación se ha ido filtrando entre tantos cristianos. Como afirma el cardenal Sarah, «le debemos al pueblo cristiano una enseñanza clara, firme y estable. ¿Cómo aceptar que las conferencias episcopales se contradigan? ¡Allí donde reina la confusión, Dios no puede habitar!», para recordar después que «el Espíritu sopla donde quiere, ciertamente, pero no se contradice y no crea confusión ni desorden».

Llaman la atención algunas palabras fuertes del cardenal Sarah sobre el papel del clero en la actual crisis; desde luego no se le podrá acusar de clericalismo a quien afirma que «la Iglesia se muere porque los pastores tienen miedo de hablar con total verdad y claridad. Nosotros, obispos, deberíamos de temblar al pensar en nuestros silencios culpables, en nuestros silencios de complicidad, en nuestros silencios de complacencia con el mundo». Y más adelante, confiesa: «deploro que muchos obispos

El cardenal Sarah no se queda en la enumeración y análisis de nuestros males, que disecciona magistralmente. No podía quedarse ahí un hombre que conoce a Dios, que confía absolutamente en Él y que, en consecuencia, nutre una esperanza indestructible.

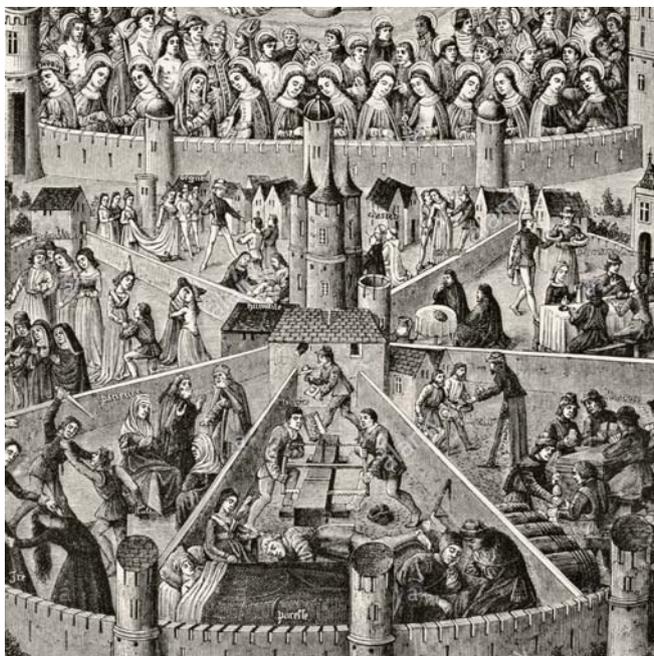
y sacerdotes descuiden su misión esencial, que es su propia santificación y el anuncio del Evangelio de Jesús, para dedicarse a cuestiones sociopolíticas como el medio ambiente, las migraciones o los sin techo. Ningún sacerdote puede aprovecharse de su autoridad sobre el Pueblo de Dios para exponer sus ideas personales. ¡Su palabra no le pertenece! No es más que el eco del Verbo eterno». Palabras duras que se entienden mejor desde el profundo y vibrante amor del cardenal Sarah al sacerdocio, al ser otros Cristos en la Tierra, y del dolor que provoca el ver cómo en demasiadas ocasiones se abandona esa sagrada misión por el primer plato de lentejas que nos ponen delante.

Un último apunte, de enorme actualidad, del cardenal Sarah que no deberíamos dejar en el olvido: «hay que ser africano para atreverse a decir sin complejos que esas “religiones tradicionales” son zonas de miedo y ausencia de libertad».

Estamos, pues, ante un libro importante, escrito con la libertad de los hijos de Dios que no temen enemistarse con el mundo, profundo, realista y esperanzado, un libro que todo cristiano que desee formar su juicio y alimentar su esperanza debería leer.

Reflexión teológica sobre la situación contemporánea*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)



Grabado de *La Ciudad de Dios* (s.XVI)

SAN Agustín, en *La Ciudad de Dios*, después de afirmar que en el origen de la «ciudad terrena» está «el amor de sí mismo que llega hasta el desprecio de Dios» (XIV, cap. 28), una ciudad terrena que lleva a la miseria eterna (XIX, cap. 28), afirma, no obstante, en el largo desarrollo en que describe las dos ciudades –la celeste y la terrena– conviviendo mezcladas entre sí a lo largo de los siglos y en el curso de los sucesivos imperios en que se concreta la vida de la Ciudad terrena, que:

«También nosotros –los cristianos, los ciudadanos de la Ciudad celeste– usamos de la paz de Babilonia» (XIX, cap. 26).

La afirmación parece sorprendente, y para advertir su sentido hay que situarla en el contexto de la comprensión profunda a que llegó san Agustín sobre la naturaleza de la oposición entre el bien y el mal, después de haber superado el error del dualismo maniqueo.

El sentido de la convivencia histórica de los cristianos en la ciudad de Babilonia, como llama san Agustín «apocalípticamente» a la ciudad terrena –Babilonia

era la primera Roma y Roma es la segunda Babilonia (XVIII, cap. 2, 2)– y del uso de su paz terrena por los ciudadanos de la Ciudad de Dios se ilumina si recordamos algo que antes había ya afirmado:

«No se hizo el hombre semejante al diablo por tener carne, de la que el diablo carece, sino por vivir según sí mismo, esto es según el hombre... Cuando el hombre vive según él mismo, es decir, según el hombre, indudablemente vive según la mentira. No porque el hombre sea mentira, puesto que es Dios su autor y su creador, y Dios no es autor y creador de la mentira, sino porque el hombre no fue creado para vivir según sí mismo, sino según su Creador (XIV, cap. 3, 1; cap. IV, 1... 2).

Creado a imagen y semejanza de Dios y llamado, por la gracia que le constituye en partícipe de la divina naturaleza, a ser feliz en la plena participación de la vida divina, el hombre imita a Satanás cuando tiende a buscar el fin último de la vida humana y el bien absoluto en la humanidad misma en cuanto tal.

El hombre llega a constituirse prácticamente en último fin y norma de sí mismo por la «conversión a sí mismo» que le conduce a la «aversión de Dios». Así lo afirma santo Tomás apoyándose en san Agustín:

«Al decir el libro del Eclesiástico, X, 15, que el comienzo de todo pecado es la soberbia, no se refiere a la soberbia en cuanto ya es aversión a Dios, a cuya Ley rehúsa el hombre someterse, sino a la soberbia en cuanto que es apetito desordenado de la propia excelencia.

»En los actos de la voluntad, y por tanto en los pecados, que son actos voluntarios, hallamos un doble orden, el orden de la intención y el orden de la ejecución. En el orden de la intención el fin dice razón de principio. Y el fin en la adquisición de todos los bienes temporales y finitos es que el hombre por ellos alcance su perfección y excelencia, y en este sentido la soberbia, que es el apetito desordenado de la propia excelencia, es el principio de todo pecado.

»En el orden de la ejecución es primero aquello que da al hombre la posibilidad de cumplir todos sus deseos desordenados, y esto viene a ser la "raíz", y esto es el deseo de riquezas, y por esto se dice que la codicia de riquezas es el comienzo de todo pecado» (S. Th., 84, art. 2).

Los bienes creados a los que el hombre se «convierte» son bienes, el mal no consiste sino en la privación del orden debido. El hombre se busca a sí mis-

*Extraído de CRISTIANDAD, 153

mo, y se le hace dificultoso amar al prójimo como a sí mismo, y si en la complacencia su propia excelencia llega a considerarla como el bien supremo, puede pasar hacia la aversión a Dios.

Pero por esto mismo hay que reconocer que la «codicia de riqueza» que según san Ignacio, en la meditación de «Dos banderas», es de ordinario lo primero a que la tentación diabólica trata de llevar al hombre, es precisamente esta «codicia de riqueza», deseo, desordenado por el egoísmo, de los bienes económicos, que en sí mismos son útiles y necesarios para la vida humana. El texto evangélico dice: «Cuán difícilmente entrarán en el Reino de los Cielos los que tienen dinero».

Tanto en san Agustín, clarividente polemista contra el error maniqueo, como en su fiel seguidor santo Tomás de Aquino, providencial adversario de la renovación de aquel perverso dualismo por el movimiento de los *catharos*, el sumo bien humano de la felicidad, último fin a que el hombre se ordena, y todos los bienes humanos que el entendimiento aprehende como tales y a los que la voluntad aspira con natural inclinación, son, precisa y formalmente, *buenos*.

La pecaminosidad consiste sólo en la privación del bien, del orden al fin último que se constituye en la posesión intuitiva y el amor de Dios en sí mismo. Por esto la culminación de lo pecaminoso en el hombre viador se consuma en su separación respecto de Dios, en la *aversio a Deo*, pero el hombre llega a esta aversión por la «conversión a sí mismo», a que le dispone la conversión a las criaturas. Por esto la codicia de riquezas, que lleva a la vanagloria, es el más frecuente camino hacia la soberbia, que lleva al hombre a autoconstituirse a sí mismo en su propio fin último y absoluto.

Pero si la conversión a las criaturas privadas del orden a Dios puede llevar al máximo pecado de la aversión de Dios, no por ello hay que atribuir el mal a los mismos bienes naturales y humanos a que por naturaleza tiende el hombre para su perfeccionamiento. Si fuese así acusaríamos a Dios mismo de ser nuestro tentador contra lo que enseña el apóstol Santiago:

«Nadie, cuando es tentado, diga: por Dios soy tentado; porque Dios no es tentador de obras malas, cada cual es tentado al ser arrastrado y halagado por su propia concupiscencia» (Iac 1, 13).

«Concupiscencia» es el deseo de algo para sí mismo. Tampoco este deseo es, en cuanto tal, malo, sino sólo en cuanto es privado del orden a amarse no sólo a sí mismo sino a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. El propio santo Tomás

refiere la esperanza teologal al «amor de concupiscencia», es decir, el deseo que tenemos de poseer a Dios como objeto de nuestra propia felicidad.

Que el atractivo de los bienes terrenos sea para nosotros ocasión de instalarnos en el «mundo», que san Agustín definía como constituido por «los amadores del mundo», no justifica el que nosotros definiésemos como males a aquellos bienes que el hombre naturalmente apetece.

En esta perspectiva se sitúa admirablemente san Agustín, que como vimos, define «la ciudad terrena» como la que se edifica sobre el amor de sí mismo que llega hasta el desprecio hacia Dios, al hablar de «los bienes de la ciudad terrena»:

«No hemos de pensar que no sean bienes aquellos que anhela la ciudad terrena, la ciudad terrena que anhela la paz, antes bien hay que reconocer que en el orden de las cosas humanas es la misma ciudad terrena el bien más excelente» (XV, cap. 4.º).

Resulta estremecedor y misterioso hallar estas afirmaciones en la gran obra de teología de la historia que contraponen la Ciudad terrena a la Ciudad celeste en la que el amor de Dios nos lleva hacia la renuncia y la humildad.

Si en el «mundo» no hay, según el apóstol Juan (Jn1,2, 15-16), sino el amor de sí mismo y para sí

El prefacio de la «Fenomenología del Espíritu» expresa algo que está en el origen de todo el proceso posterior del «liberalismo religioso», el «modernismo», y toda la carga de divinización de lo humano en cuanto tal, que se ha constituido en el auténtico motor de la política moderna.

mismo —la concupiscencia de la carne—, la vanagloria y complacencia en los bienes «mediados» por el conocimiento, el lenguaje y la eficiencia racional del hombre —la concupiscencia de los ojos— y la conversión a sí mismo que lleva hacia la aversión de Dios —la soberbia de la vida—, esto es así porque «el pecado del mundo» priva a los amores humanos del orden que, por el amor a Dios, subordinaría todos aquellos bienes temporales y finitos al bien eterno y divino.

Sólo a la luz de estos principios teológicos, que los grandes doctores hallaron en la propia Sagrada Escritura, podremos comprender la tragedia del «mundo moderno»; este mundo proyectado por el humanismo antropocéntrico que surge en el Renacimiento, y que es sucesiva y «progresivamente» realizado por el imperialismo mercantil, la Ilustración,

la Revolución industrial, el despotismo ilustrado y la Revolución francesa; y por las revoluciones nacionales, que pusieron lo divino y absoluto en el «espíritu del pueblo»; y las revoluciones socialistas, nacionalistas o internacionalistas.

«El pecado del mundo», la soberbia colectiva riñendo la política, la economía y el progreso técnico, que en nuestros días se ha manifestado desde la guerra nuclear hasta la seducción de la ingeniería genética, se ha hecho tanto más grave cuanto más creciente ha sido el atractivo de los bienes, no inmediatos, sino «intencionales», que el Estado y la sociedad internacional presentan a la humanidad contemporánea.

Para comprender el mundo moderno nos conviene atender a la intención profunda del pensamiento he-

En la encíclica Quanta cura y en los documentos de los que se tomaron las ochenta proposiciones del célebre Syllabus se contiene a la vez un tesoro doctrinal luminoso y definitivamente esclarecedor, y un «discernimiento de espíritus» verdaderamente clarividente y dotado de la oportunidad de la heroica prudencia de los santos.

geliano, del sentido de su «dialéctica» y de su filosofía del Absoluto.

Leamos unos párrafos del prefacio de la «Fenomenología del Espíritu» que expresa algo que está en el origen de todo el proceso posterior del «liberalismo religioso», el «modernismo», y toda la carga de divinización de lo humano en cuanto tal, que se ha constituido en el auténtico motor de la política moderna.

«Cuando arraiga la opinión del antagonismo entre lo verdadero y lo falso, dicha opinión suele esperar, ante un sistema dado, el asentimiento o la contradicción. No concibe que la diversidad de los sistemas es el desarrollo progresivo de la verdad, sino que sólo ve en la diversidad la contradicción. El capullo desaparece al abrirse la flor y podría decirse que aquél es refutado por ésta; así como el fruto hace aparecer la flor como un falso ser de la planta, al mostrarse como la verdad de la planta en vez de la flor.

»Estas formas no sólo se distinguen entre sí, sino que se eliminan unas a otras como incompatibles. Pero, en su fluir, constituyen otros tantos momentos de una unidad orgánica, en la que son todos igualmente necesarios, y esta igual necesidad es cabalmente la que constituye la vida de este todo que es la planta. Pero al contradecir un sistema filosófico, o bien no se concibe así la contradicción o bien la conciencia del que la aprehende no sabe liberarla de unilateralidad, ni sabe alcanzar a ver bajo la figura de lo polémico y lo contradictorio momentos que son entre sí mutuamente necesarios.

»No es difícil, por lo demás, darse cuenta de que vivimos en tiempos de gestación y transición hacia una nueva era. El espíritu ha roto con el mundo anterior de su existencia y de sus representaciones y se dispone a hundirlas en el pasado, entregándose a la tarea de su propia transformación.

»El espíritu ciertamente no permanece nunca quieto, sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo. Pero así como en el niño, tras un largo período de silenciosa nutrición, el primer aliento rompe bruscamente la gradualidad del proceso acumulativo y sobreviene un salto cualitativo, y el niño nace, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior, y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados; la frivolidad y el tedio que se apodera de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los signos premonitorios de que algo otro se avecina. Estos paulatinos desprendimientos, que no alteran la fisonomía de la totalidad, se ven bruscamente interrumpidos por la aurora que de pronto ilumina como un rayo la imagen del mundo nuevo».

Notó intencionalmente Bloch que estas palabras fueron contemporáneas del retumbar de los cañones de la batalla de Jena: el choque del Imperio revolucionario que conmovió todo el edificio político europeo con el liberalismo alemán antiimperialista en el que se iniciaban las futuras revoluciones nacionales y se gestaban remotamente los futuros segundo y tercer Imperio alemán. Su lectura es una invitación al examen de conciencia.

Porque muchos dirigentes y responsables de la orientación de las generaciones nuevas no han reflexionado tal vez nunca seriamente sobre el mensaje profundo de estas páginas protervas y seductoras. Tal vez, por extraño que parezca, muchas personas de influencia y con prestigio de hombres cultos no las han leído nunca.

Por eso no discernen la tentación más profunda de la vida contemporánea, y por eso son incapaces de comprender la razón de los grandes hombres de Iglesia que tuvieron conciencia clara del deber de apartarse a sí mismos y a los fieles cristianos de la tentación de «conciliarse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna» (proposición 80 del *Syllabus* de 8 de diciembre de 1864; DS 2980).

En la encíclica *Quanta cura* y en los documentos de los que se tomaron las ochenta proposiciones del célebre *Syllabus* se contiene a la vez un tesoro doctrinal luminoso y definitivamente esclarecedor, y un «discernimiento de espíritus» verdaderamente

clarividente y dotado de la oportunidad de la heroica prudencia de los santos.

(...) En dos ocasiones, y hablando a dos sucesivos nuncios de su Santidad en España, afirmé respetuosamente mi convicción de que aquellos documentos expresan probablemente de la forma más rigurosa y exacta la mentalidad filosófica que ha servido como ariete destructor de la concepción teística y sobrenaturalista del universo de la historia, y de impulso para todas las acciones dirigidas a corromper el orden cristiano en lo político, lo internacional, lo económico-social, en todos los ámbitos de la cultura y de la vida. Puede ponerse como ejemplo de esto la proposición primera del *Syllabus*:

«No existe ser divino alguno, supremo, sapientísimo y providente, distinto de la universalidad de las cosas, y Dios es lo mismo que la naturaleza, y

por lo mismo, sujeto a cambios y en realidad, Dios se está realizando en el hombre y en el universo, y todo es Dios y tiene la misma sustancia de Dios; una sola y misma cosa Dios y el mundo, el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto» (DS 2901).

En esta proposición, que sintetiza bien la filosofía vigente entre los que inspiraban el liberalismo político contemporáneo, confluyen en práctica y efectiva identidad el monismo estático del «*Tratado teológico-político*» y de la «*Ética demostrada con método geométrico*» de Spinoza, y el monismo dialéctico del idealismo absoluto de Hegel, que atraviesa todas sus obras, y ha sido el decisivo inspirador del estado moderno en todas sus fases: liberal, marxista y fascista.

Los errores contemporáneos



«Los errores contemporáneos son infinitos; pero todos ellos, si bien se mira, tienen su origen y van a morir en dos negaciones supremas: una relativa a Dios, otra relativa al hombre. La sociedad niega de Dios que tenga cuidado de sus criaturas; y del hombre niega que sea concebido en pecado. Su orgullo ha dicho al hombre de estos tiempos dos cosas, y ambas se las han creído: que no tiene lunar y que no tiene necesidad de Dios; que es fuerte y que es hermoso; por eso le vemos engreído con su poder y enamorado de su hermosura.

(...) De aquí nace y aquí tiene su origen un vasto sistema de naturalismo, que es la contradicción radical, universal, absoluta, de todas nuestras creencias. Los católicos creemos y profesamos que el hombre pecador está perpetuamente necesitado de socorro y que Dios le otorga ese socorro perpetuamente por medio de una asistencia sobrenatural, obra maravillosa de su infinito amor y de su misericordia infinita. Para nosotros lo sobrenatural es atmósfera de lo natural; es decir, aquello que, sin hacerse sentir, lo envuelve a un mismo tiempo y lo sustenta.

(...) ¡Quién no admirará tan grande, y tan soberano, y tan maravilloso, y tan perfecto artificio! El más grande pecador no necesita de más sino de alargar su mano pecadora para encontrar quien le ayude a remontarse de escalón en escalón hasta las cumbres del cielo desde el abismo de su pecado».

Donoso CORTÉS, *Carta al cardenal Fornari*, II, 615

Génesis del Voto Nacional al Corazón de Jesús para obtener la liberación del Papa y la salvación de Francia (II)

J.J.E-S



EN octubre de 1870, ante el avance de un ejército prusiano hacia Lyon, su arzobispo Mons. Ginouilhac hace voto de reconstruir Notre-Dame de Fourvière si la diócesis se libra de la ocupación, y Mons. Pie, obispo de Poitiers, proclamaba en el púlpito: «Somos ciudadanos de Francia que ha cometido un crimen nacional y social, así que hagamos de la consagración al Corazón de Jesús una reparación pública y nacional, y que reine en nuestra tierra, que ya no sería Francia, el día en que ya no fuera nación cristiana», y en diciembre el obispo Mons. Fournier consagra Nantes al Corazón de Jesús, suplicándole la restauración de la patria y la liberación del Papa.

El Apostolado de la Oración promotor y portavoz del Voto nacional al Corazón de Jesús

Su director en Le Mans, Boylesve, S.I. escribe un folleto «El triunfo de Francia por el Corazón de Jesús» en el que recuerda sus revelaciones a Margarita María en 1689, y a sor María de Jesús en 1823, pidiendo la consagración de Francia a su Sagrado Corazón y la erección de un edificio en su honor, sin concretar lugar ni mencionar voto. Envía su escrito al padre Enrique Ramière, director

general del Apostolado de la Oración, que lo reproduce en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, y en Toulouse imprime trescientas mil copias que se reparten por toda Francia.

A la vista del voto de Lyon, el presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl sugiere voto similar de París, pero el prestigioso publicista católico Luis Veuillot inicia el 13 de diciembre una campaña en su periódico *L'Univers*, proponiendo que el voto no debe ser parisino sino nacional, y hacerse en una basílica a construir en la colina de Montmartre. Alejandro Legentil, consejero de las Conferencias de San Vicente de Paúl, diputado refugiado en Poitiers, coincidía con Veuillot en que el voto debía ser nacional porque las desgracias de Francia tienen su origen en causas espirituales más que políticas, y debía inscribirse en piedra alzando una iglesia como signo de la presencia permanente de las misericordias de Dios para con su pueblo. Dirigido por el padre Ramière, Legentil redacta este esbozo de Voto nacional al Corazón de Jesús:

«Para reparar nuestras ofensas, obtener de la misericordia infinita del Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo el perdón de nuestros pecados, y los socorros extraordinarios con los que solamente se puede librar de su cautiverio al Sumo Pontífice, y detener las miserias de Francia, nos comprometemos

a contribuir a la construcción en París de un santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, pues tal liberación sólo puede venir de un acto deslumbrante de la diestra del Altísimo.» (*Mensajero del Corazón de Jesús* francés, Volumen LX °, septiembre de 1891.)

El 28 de enero de 1871 entraban los prusianos en París, y proclamaban emperador de Alemania a Guillermo I en el palacio de Versalles. En febrero hubo elecciones legislativas en las que triunfan las candidaturas conservadoras que nombran jefe de gobierno provisional a Adolfo Thiers, quien el 1 de marzo tuvo que firmar un armisticio, y luego el tratado de paz con Prusia, que le impuso la entrega de las provincias de Alsacia y Lorena y el abono de 200 millones de francos.

12 de marzo a 28 de mayo de 1871: la Revolución de la «Commune» de París

LA humillación de los franceses ante tamaña derrota iba preparando su ánimo para reconocer sus culpas y cumplir, al cabo de dos siglos, los designios del Corazón de Jesús para con ella. Pero al desastre militar, político y territorial de 1870, debía sumarse al año siguiente el horror impuesto en París por las turbas revolucionarias en la insurrección de «*la Commune*» como protesta por la derrota militar y el acatamiento de las condiciones de paz impuestas por Bismark, desgracias de las que declaraban responsable a la «abyecta mayoría monárquica, clerical y rural» gobernante.

El 12 de marzo de 1871 los guardias nacionales se llevaron a Montmartre unas piezas de artillería, que el ejército intentó recuperar, pero una multitud acudió a defenderlas. La Guardia Nacional se les sumó; desarmaron a los soldados y dos generales fueron linchados por la plebe en el centro de París, desatándose la anarquía bajo la bandera roja que se adopta como emblema. Thiers y su gobierno ya no controlan París, y para no verse encerrados en la capital, marchan a Versalles. Los «*communards*» ocupan los centros oficiales, y levantan barricadas. En los mítines callejeros los oradores de los clubs discursan: «cuando hayamos acabado con los prusianos, resolveremos el tema de los curas, pues el verdadero progreso vendrá cuando no quede un sacerdote vivo ni una iglesia en Francia».

En la puerta de san Pedro de Montmartre se puso este texto: «se cierra esta iglesia y se decreta el arresto de sus ignorantes sacerdotes mientras éstos sean bandidos, y las iglesias lugares donde

asesinan moralmente a las masas». Días después, su nave central se transformaba en taller de ropa militar. Thiers por su parte consigue que Bismark libere a 60.000 soldados franceses prisioneros que se le unen en Versalles, y otros tantos llegan de provincias, completando en pocas semanas un ejército de 130.000 hombres que debe reconquistar París.

El 5 de abril los revolucionarios se apoderan de 74 «rehenes del pueblo», entre ellos del arzobispo de París Mons. Darboy, para un probable canje, pero ante la negativa de Thiers a parlamentar, serán asesinados. Mons. Darboy fue fusilado el 24 de mayo en la cárcel de la Roquette junto al cura Deguerry y tres jesuitas. Al día siguiente eran también fusilados cinco dominicos de Arcueil, y el 26 cincuenta rehenes en la calle de Haxo, entre ellos diez religiosos y el arcediano de Notre Dame. Ante el avance de las tropas de Versalles el entusiasmo inicial se fue diluyendo, y en la mañana del 27 de mayo se acordó que si el ejército franqueaba el recinto amurallado, se procedería al incendio de los barrios burgueses de la ciudad. Aquella tarde las tropas de Versalles entraban a sangre y fuego en París y ejecutaban en masa a los «*communards*» resistentes.

El recuerdo de las peticiones del Corazón de Jesús, desoídas durante dos siglos, despierta en el alma de los católicos franceses

Los horrores y sacrilegios de *la Comunne* en París hicieron despertar en el alma de los católicos franceses el recuerdo de las peticiones del Corazón de Jesús a sus gobernantes de construirle un edificio donde expiar los pecados públicos cometidos por el pueblo francés, y por los del Reino de Italia haciendo prisionero al Papa en el Vaticano.

Se extiende la idea de que Francia precisa un rear-

Los horrores y sacrilegios de la Comunne en París hicieron despertar en el alma de los católicos franceses el recuerdo de las peticiones del Corazón de Jesús a sus gobernantes de construirle un edificio donde expiar los pecados públicos cometidos por el pueblo francés.

me moral y cultural que rechace los principios del 89 y restaure la monarquía tradicional. En las elecciones crece el partido legitimista del conde de Chambord, nieto de Carlos X, quien manifestó que, una vez en el trono cumpliría el deseo del Corazón de Jesús de dos siglos antes, consagrándole Francia, y poniendo su

imagen sobre la tradicional bandera blanca, no sobre la tricolor, símbolo de la Revolución. Esta condición hizo inaceptable su candidatura para orleanistas y bonapartistas, y en 1884 moriría el que hubiera sido Enrique V, y con él la esperanza de restauración efectiva del «orden moral» y de la monarquía legítima. Pero el Corazón de Jesús iba a valerse de otro medio para cumplir sus designios: la puntual conjunción de intereses de las distintas ramas de monárquicos, y de republicanos conservadores, para impedir nuevos triunfos revolucionarios.

Tras los desastres de 1870 el Apostolado de la Oración propone confiar sólo en el Corazón de Jesús

EN septiembre de 1870, el director general del Apostolado de la Oración P. Enrique Ramière S.I., ante el desánimo por las humillaciones de la derrota y los horrores de la Comuna, lanza en su Mensajero una llamada a la esperanza a los socios del Apostolado de la Oración, pidiendo que se confíe únicamente en el Corazón de Jesús:

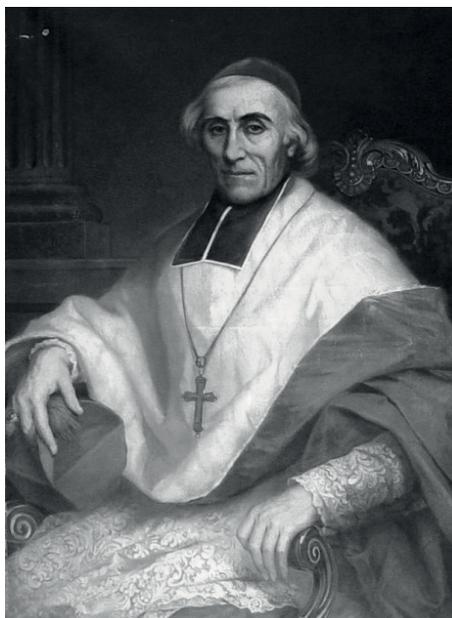
«Ante las catástrofes que acabamos de presenciar en el tiempo presente, el Apostolado de la Oración es más necesario que nunca en las tareas a llevar a cabo... para no dejarnos vencer por nuestros reveses, pues Dios ama a Francia, y toda nuestra historia durante catorce siglos demuestra que el amor a Francia nunca se ha separado del amor a la Iglesia, que es su amor preponderante.

Por ello debemos confiar, y aun cuando los males de Francia empeoren, no perdamos nuestras esperanzas. Salgamos a comunicárselas a aquellos cuyo coraje está expuesto a la debilidad. Enseñemos a nuestros hermanos a elevar sus ojos al Corazón de Jesús y a contar con su apoyo más que en las armas más poderosas, y a ofrecerle nuestros trabajos y oraciones unidas a Su sangre.

Y nosotros, los que no podemos luchar con la espada material, tomemos el arma de la oración con el verdadero líder del pueblo de Dios “que vive para interceder por nosotros”. Unamos nuestra intercesión a la suya y dejemos que nuestros brazos no caigan hasta que las alegrías de la paz hayan sucedido al horror de las batallas».

Ante las expectativas de obtener del nuevo gobierno conservador autorización para la erección de un templo expiatorio, el padre Ramière anima en su *Mensajero* a propagar el Voto al Corazón de Jesús como remedio de los presentes males:

« Más que nunca tenemos hoy necesidad de recurrir al Corazón de Jesús para que, por su gran misericordia, nos salve de nuestra propia debilidad y del odio de nuestros enemigos... Los motivos sobre los que se funda este Voto subsisten en toda su fuerza, y hoy su ejecución ha venido a facilitarse más aun, pues aunque la Administración Capitalar de París haya reservado al futuro arzobispo la aprobación definitiva de este grandioso proyecto, ha acogido ya favorablemente lo expuesto; gran número de obispos lo han alentado, y el Soberano Pontífice se ha dignado bendecirlo.»



*Joseph Hippolyte Guibert (1802-1886)
cardenal de París*

Mons. Hipólito Guibert un arzobispo según el Corazón de Jesús, emprende la erección de la basílica de Montmartre

Los últimos prelados de París, Mons. Affre y Mons. Darboy, habían sido asesinados por los revolucionarios en 1848 y 1871, pero para cumplir sus designios el Corazón de Jesús tenía destinado en la diócesis parisina a un Oblato de María Inmaculada, obispo según su Corazón, que había dicho: «Quiero ser un obispo sencillo, pobre, misionero, para que mi género de vida recuerde lo que fui, lo que no dejé de ser, y lo que quiero ser en el momento

de mi muerte».

Mons. Guibert fue el destinado a lograr que se aprobara en 1872 la erección de su gran templo expiatorio nacional, y que en 1873 la Asamblea Nacional autorizara su construcción, colocando la primera piedra dos años después. Moriría en 1886, y su cuerpo, como había dispuesto, descansa en la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre.

Al ser nombrado Mons. Guibert arzobispo de París en 1870, Adolfo Legentil le escribe:

«Tenemos gran confianza en la obra en honor del Sagrado Corazón, pues estamos convencidos de que la idea, verdaderamente sobrenatural, es inspiración del Cielo. ¡Que triunfo sobre la impiedad, la indiferencia y

los mezquinos prejuicios, supondrá elevar en París una magnífica iglesia para afirmar y propagar el culto del Sagrado Corazón! Si la devoción a Nuestra Señora de las Victorias ha producido maravillas de conversión, ¡qué no hará la devoción al divino Corazón del Maestro!»

Le presenta al arzobispo el primer texto preparado para el Voto nacional, y le propone modificarlo, estimando que en lugar de «prometer que lo realizaremos cuando seamos librados de nuestros males», debiera decir: «prometamos realizarlo ahora para ser librados de ellos.» Mons. Guibert encarga a Legentil que forme un «Comité de la Obra del Voto nacional al Corazón de Jesús», al que el 18 de enero de 1871 dirige carta, en la que les dice: «No hay salvación mas que en la misericordia del Corazón de Jesús»

«Habeis considerado desde el verdadero punto de vista las desgracias de nuestro país, que son el fruto amargo de las infidelidades para con Dios de las que somos culpables. La impiedad ha hecho tabla rasa de todo principio de bien, y las costumbres han vuelto a todas las vergüenzas e impiedades del paganismo. La vida cristiana ya sólo es costumbre de un pequeño número. La conjura contra Dios y su Cristo ha prevalecido en una multitud de espíritus, y en castigo de una apostasía casi general, la sociedad ha sido entregada a todos los horrores de la guerra contra el extranjero victorioso, y de la más afrentosa aun entre los hijos de una misma patria. Nos hemos declarado rebeldes contra el Cielo por nuestras prevaricaciones, y en nuestras revueltas hemos caído el abismo de la anarquía.

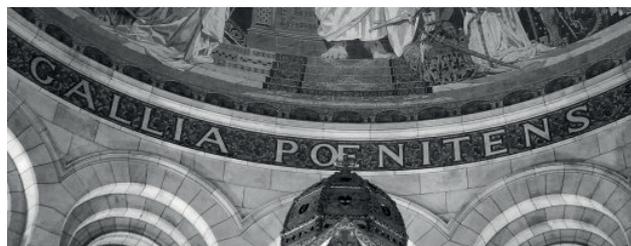
Pero por haber permanecido aun cristianos fieles, recibimos las luces de lo alto, y habéis visto donde hay que buscar el socorro, y de donde nos podrá venir la liberación. Un santo y piadoso pensamiento os ha dirigido al misericordioso Corazón de Jesús, pues está escrito que no hay salvación mas que en el poder de este nombre. Sí, es justo y razonable hacer a este Corazón divino, tan profundamente contristado por nuestros pecados, un solemne acto de reparación, y ofrecerle un testimonio permanente de dolor y arrepentimiento por el mal que se ha causado y se causa contra Dios.

»Deseáis que se eleve un templo dedicado al Sagrado Corazón en París y que sea un monumento de expiación al que Francia entera contribuya con las limosnas de sus fieles. Al mismo tiempo este santuario del divino Corazón será ante Dios expresión de súplica general para que sean abreviados y suavizados los días de nuestra prueba, y que del Corazón tan amoroso del adorable Redentor de los hombres salga nuestra regeneración espiritual y temporal. Nada más cristiano ni patriótico que este voto. Cuando se hayan recogido fondos suficientes para comenzar la obra con esperanza de terminarla, se elegirá el emplazamiento de mayor utilidad.

»De Francia ha venido el mal que nos ha atacado y se ha extendido por toda Europa, y también de Francia, donde nació la devoción al Sagrado Corazón, deben partir las oraciones que nos han de levantar y salvar. El santuario será una especie de pararrayos sagrado que preservará la capital de los golpes de la justicia divina.

»Tenéis también por objeto en vuestra piadosa empresa la liberación del jefe de la Iglesia, cautivo en su morada y despojado de una soberanía necesaria para el libre ejercicio de su ministerio. Por ello es necesaria una victoria sobre los enemigos de la religión, y para obtenerla queréis asociar a esta intención las oraciones que se elevarán del nuevo templo. Es una idea tanto más justa, pues que la salvación no puede venir mas que del Cielo. Bendigo de todo corazón vuestra obra. ¡Dígnese Dios todopoderoso llevarla a cabo en su ejecución, como en los efectos que esperamos! »

El 14 de abril Mons. Guibert preside en Notre-Dame de Paris la ceremonia de anuncio del Voto nacional, en la que el predicador padre Monsabré propone que en el frontispicio de la futura basílica figure la inscripción: «*Christo ejusque Sacratissimo Cordi, Gallia poenitens et devota*» (A Cristo y a su Sacratísimo Corazón, Francia penitente y devota). Haciendo suyo el voto Mons. Guibert proclamó:



Detalle del ábside de la basílica. En su base se lee esta divisa en latín: *Christo ejusque Sacratissimo Cordi Gallia poenitens et devota* (A Cristo y a su Sacratísimo Corazón, la Francia penitente y devota).

«En presencia de los males que asolan Francia, y las desgracias quizás mayores que aun la amenazan, en presencia de los sacrílegos atentados cometidos en Roma contra los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede, y contra la persona sagrada del Vicario de Jesucristo; Nos nos humillamos ante Dios; y reuniendo nuestro amor a la Iglesia y a nuestra Patria, reconocemos que hemos sido culpables y justamente castigados.

Y para hacer desagravio de nuestros pecados y obtener de la infinita misericordia del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo el perdón de nuestras faltas, así como las ayudas extraordinarias que sólo pueden liberar al Soberano Pontífice de su cautividad y hacer cesar las desgracias de Francia, prometemos contribuir a la erección en París de un santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús».



Santos jóvenes propuestos por el Papa en la exhortación «Christus vivit»

Santa Juana de Arco

MIGUEL JIMÉNEZ DE CISNEROS



Estatua de Juana de Arco,
iglesia de Saint-Nazaire de Carcasona

QUIÉN fue santa Juana de Arco? ¿Por qué es un modelo para los jóvenes de hoy?

El papa Francisco, en su encíclica *Christus vivit* la propone como modelo a los jóvenes católicos junto a otros santos. De ahí el porqué de este artículo y he ahí, también, una prueba de la importancia de esta santa.

Queremos ofrecer a los lectores dos respuestas: la primera, quién fue nuestra protagonista, y la segunda, en qué pueden imitarla los jóvenes de hoy —y también los mayores, pues todos estamos llamados a imitar a los santos—.

Vayamos a lo primero. Santa Juana de Arco nació en la fiesta de la Epifanía de 1412, en Domrémy, pueblecito que se encuentra en Lorena, región oriental de la actual Francia. Hija de Jacques D'Arc e Isabel Romée, fue la cuarta de cinco hermanos. Juana

era una joven normal, sencilla, alegre y piadosa. Se dedicó a lo que se dedicaban los niños y jóvenes de su edad: a jugar, a rezar y más adelante a ayudar con las faenas del campo. Todo transcurría de la manera más cotidiana.

Hay que decir que por entonces la Cristiandad no atravesaba su mejor momento. Por esas fechas no todos reconocían al papa de Roma, ya que había dos antipapas (uno en Aviñón y otro en Pisa), con la división que ello acarrearba, aunque gracias a Dios a partir de 1417 se logró volver a la unidad.

Para Francia, por su parte, el futuro resultaba incierto, ya que se hallaba inmersa en el conjunto de guerras conocido como Guerra de los Cien Años (1337-1453), con una situación realmente crítica: a nivel territorial la monarquía inglesa tenía ocupada gran parte del territorio; a nivel político, la legitimidad del futuro Carlos VII —en ese momento Delfín Carlos— no estaba asegurada ni reconocida por muchos.

En este contexto, la vida de Juana va a dar un giro fundamental cuando tenga 13 años, ya que un día tiene unas apariciones celestiales, donde se le aparece el arcángel san Miguel y le confía su vocación: «Juana, es necesario vivir de otro modo y cumplir actos sorprendentes. Pues tú eres aquella que ha elegido el Rey del Cielo para cumplir la reparación del reino de Francia y para dar ayuda y protección al Delfín Carlos expulsado de su dominio. Te vestirás de hombre y, tomando las armas, serás jefe de guerra. Todos los asuntos serán regidos por tu consejo».¹

A partir de aquí va a tener continuas revelaciones del Cielo, en especial de santa Catalina de Alejandría y santa Margarita de Antioquía, mártires romanas del siglo III. Juana hace voto de virginidad y continúa con su vida normal durante algunos años, hasta que con dieciséis años, tras diversas vicisitudes, marcha a cumplir su vocación: liberar la ciudad de Orleans (en ese momento asediada por los ingleses) como primer paso para la libertad de toda Francia, y hacer coronar al Delfín Carlos como rey de Francia en Reims.

Para ello debe hablar con el Delfín, que en aquel momento estaba en la localidad de Chinon: lo logra

1. *Crónica de Perceval, señor de Boullevilliers*, al duque de Milán, 21 de junio de 1429

no sin pocas dificultades. El heredero recela inicialmente, y para comprobar que las voces vienen del Cielo envía a la joven a Poitiers, donde un tribunal eclesiástico la juzga, y da el visto favorable.

Una vez conseguido el apoyo del Delfín, marcha a Tours y a Blois a por tropas, y finalmente a Orleans. Contra todo pronóstico, en unos días Juana consigue derrotar a las numerosas tropas inglesas que cercaban la ciudad y el 8 de mayo de 1429 entra victoriosa en el burgo. Esta hazaña le acompañará en la vida y en la muerte, de tal modo que recibirá el sobrenombre de «Doncella de Orleans», y la ciudad en cuestión celebra desde entonces cada 8 de mayo una procesión en su honor, en acción de gracias por la victoria.

A continuación reconquista Jargeau, Meung y Beaugency, obtiene la victoria de Patay, la rendición de Troyes, Châlons y, finalmente, Reims. Allí debe ser coronado el Delfín.

El domingo 17 de julio de 1429 se produjo la coronación en Reims de Carlos VII de Francia, en el mismo lugar que todos los monarcas francos desde Clodoveo, siguiendo los mismos ritos –por eso la importancia del lugar–. Aparte del valor religioso de la celebración –que remarca la soberanía de Cristo– destaca la importancia política: Carlos VII es el legítimo rey, y no el mal llamado Enrique VI de Inglaterra y Francia. La Doncella lo había conseguido.

Sin embargo, la alegría iba a durar poco para Juana. El carácter del rey era débil, y algunos de sus favoritos, enemigos de la joven. Meses después de la coronación, Juana marcha a Compiègne, tras el infructuoso asedio de París –por la pusilanimidad regia– y en la defensa de dicha ciudad es capturada –todo apunta que a traición–, cayendo en manos borgoñonas (Borgoña, en el este de Francia, estaba aliada con Inglaterra. Hay que ser conscientes de que en aquellos momentos el rey era un «primero entre iguales», y su poder era limitado, e incluso menor que señores feudales de su propio reino). Semanas más tarde, Juana es entregada a los ingleses, que impulsan un tribunal eclesiástico para su juicio y ejecución, ya que aquella sencilla muchacha había echado al traste los planes de muchos –ingleses y franceses– que no contaban con que la causa de Carlos triunfara.

Conducida a Rouen, fue víctima de un injusto juicio por clérigos favorables a Inglaterra, en un vil atentado contra el derecho, la verdad y la buena fe. Finalmente, fue condenada como hereje y quemada en la hoguera el 30 de mayo de 1431.

En 1456 se realizó un proceso de rehabilitación para corregir aquel falso proceso. Sin embargo,

también fue manipulado por los hombres de la Sorbona, hijos espirituales de los jueces de 1431, y el resultado fue vago e insultante, ya que se salvó la reputación de todos los jueces, autores de aquella gran injusticia, y para colmo de males se «rehabilitó» la memoria de Juana pero al precio de introducir la falsedad de que habría abjurado en un momento dado –cosa que no ocurrió, como han demostrado los investigadores–.

Sin embargo, la Providencia mueve la historia, y el 18 de abril de 1909 fue declarada beata, siendo canonizada el 16 de mayo de 1920. Su fiesta se celebra el 30 de mayo, día en que fue quemada. Comparte día con san Fernando, rey de Castilla, primo de un rey francés, san Luis IX.

Vayamos por último a la segunda cuestión. ¿Qué podemos aprender de santa Juana de Arco?

Santa Juana de Arco es modelo para los jóvenes de hoy por las virtudes que vivió: la sencillez (las circunstancias de su vida, las respuestas que da ante quienes le juzgan, etc.), la piedad (frecuentaba los sacramentos, devota de María, oraba durante las batallas...), la obediencia (principalmente a Dios: Él le encarga una misión, y ella sacrifica incluso la propia vida antes que desobedecer), la fortaleza (durante las campañas con los soldados, durante los tormentos que precedieron su martirio...), la perseverancia (sabe que Carlos VII está llamado a recuperar toda Francia, y no dejará de insistir, también previamente ante los intentos fracasados de entrevistarse con él no se desanima), la valentía (ante los «grandes de este mundo», en la guerra, durante su cautiverio y en la hoguera), etc.

Se podrían decir muchas cosas más, pero acabemos con tres que brillan especialmente en ella: su fe (cree en las voces, confía en Dios y en su Providencia, se niega a abjurar de la vocación divina que ha recibido), su pureza (ella en concreto en su voto de virginidad, pero también en su forma de actuar, de hablar, de vestir...), y su diligencia (escucha la voz de Dios y se pone manos a la obra de inmediato, lo que Dios le dice, ella lo hace sin tardanza).

Que santa Juana nos haga jóvenes –y mayores– de gran cercanía a Dios, viviendo la infancia espiritual, que como ella aprendamos la pureza de María, Nuestra Madre, para «poder ver a Dios» en nuestro día a día, y que a imitación de «la Doncella de Orleans», preguntemos al Sagrado Corazón: ¿qué quieres de mí? Y con la confianza puesta en Él, nos pongamos manos a la obra en nuestra vocación al servicio del Reino de Cristo.





María, la Eucaristía y el final de los tiempos

Lofeudo, Justo Antonio

Adadp 2019

ANA DÍAZ

EL padre Justo Antonio Lofeudo, misionero de la Santísima Eucaristía, introductor de las capillas de Adoración Perpetua en Europa, de las que ha establecido más de medio centenar en España, reconoce en su último libro *María, la Eucaristía y el final de los tiempos* que la Eucaristía y las apariciones de la Virgen María han sido los dos temas nucleares que han centrado su misión como sacerdote.

Sigue el padre Lofeudo la doctrina del Siervo de Dios Luis de Trelles, fundador de la Adoración Nocturna en España, que en su escrito que titula «*María en el misterio de la Sagrada Eucaristía*», en su revista «*La Lámpara del Santuario*» afirma: «María es Madre de Jesús, Jesús se ha hecho Eucaristía, luego María tiene con el Divino Sacramento una relación de maternidad».

Maternidad especial, porque según nos enseña la fe, el cuerpo de Jesucristo fue formado por el Espíritu Santo de la más preciosa sangre de su Madre Santísima; de lo que se deduce que en la Hostia sacrosanta está la carne y sangre de María, habiendo en el sagrario y bajo las especies algo que es de su Madre inmaculada.

Por eso dice san Agustín: «La carne de Jesús es carne de María, y el Salvador nos dio esta carne de María en alimento para nuestra salvación».

«De estas nociones fundamentales, que son parte del dogma cristiano, se deducen las íntimas relaciones que tiene la Señora con el augustísimo Sacramento.»¹ Desde la sobrenatural perspectiva de la permanente lucha de Satanás contra Jesucristo, expone en su libro como la adoración de la presencia real de Jesús en la Eucaristía es objetivo prioritario de los ataques diabólicos, que, como escribe el cardenal Sarah, actualmente tienen como principal objetivo apagar en los católicos la fe en la Eucaristía.

1. *La Lámpara del Santuario*. Tomo 3 (1872), pp. 286-289 y 320

Consciente de que esta embestida satánica se manifiesta con mayor intensidad en nuestros tiempos, el padre Lofeudo, fiel devoto de san Luis María Grignon de Montfort, nos expone como la Santísima Trinidad ha dispuesto desbaratarla mediante el creciente protagonismo de la Santísima Virgen, cuya victoria final ha puesto en sus manos, y cuyo pie ha de aplastar la cabeza de la infernal serpiente.

Reiterando la opinión unánime de los más prestigiosos mariólogos, afirma que la moderna era mariana se inicia con las apariciones de la Santísima Virgen en *Rue du Bac* de París en 1830, preparando el futuro dogma de la Inmaculada Concepción. En ellas Nuestra Señora manda acuñar su Medalla Milagrosa, con su signo rodeado de las doce estrellas que coronan a la Mujer del Apocalipsis: «Y una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12,1), y el autor advierte como esta revelación se manifiesta en las sucesivas apariciones marianas, en especial en Fátima, donde Lucía, en su segundo secreto, escribe que para la salvación de las almas Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María.

EL padre Lofeudo constata como la reiteración de esta profecía está presente, de distintos modos, en las apariciones marianas; así en el cerro mejicano de Tepeyac en que la Señora reveló a san Juan Diego en su lengua náuatl, que su nombre era: «Tecoatlaxope», que significa «aquella que aplastará la serpiente» (que los españoles llamaron Guadalupe por su similitud fonética con la advocación venerada en Extremadura). Recorre luego en detallado relato las sucesivas apariciones marianas, entre otras las de Rue du Bac en 1830, la Salette en 1846, Lourdes en 1858, Knox en 1879 en Irlanda, Fátima en 1919, y las más recientes de Tre Fontane, Akita, Civitavecchia, Garabandal y Medjugorje, estas

dos últimas no reconocidas oficialmente hasta ahora por la Iglesia.

Por encima de sus matices y circunstancias, advierte sus concordancias y el común mensaje de todas ellas a los pueblos antes cristianos, que, tras su apostasía, pretenden construir una ciudad prescindiendo de Dios – que necesariamente resulta una ciudad contra Dios, y en definitiva una Babel infernal–, el mensaje de que, pese a ello, Dios no nos ha abandonado a nuestra suerte, sino que tiene entrañas de paternal misericordia para con nosotros sus hijos pródigos, y nos asiste con su gracia, enviándonos a la Santísima Virgen para protegernos y conducirnos al Cielo, también a los más alejados, aquellos «que aún no conocen su amor».

Discípulo de su paisano el padre Leonardo Castellani, el padre Justo Lofeudo constata que en nuestros tiempos de apostasía se cumplen los signos profetizados en los libros santos, pero no absolutiza el mal, ni se centra en anunciar calamidades, sembrando pesadumbre y desaliento, sino que, interpretando los signos de los

tiempos, advierte que los nuestros son también tiempos de sobreabundancia de gracia, que la providencia divina ha dispuesto poner en manos de la Santísima Virgen, que viene a anunciarnos el próximo advenimiento de su Hijo Jesucristo, como «aurora que precede la llegada del día».

Constata asimismo como frente al presente oscurecimiento del sol, que es la Sagrada Eucaristía, surge un exponencial incremento de adoradores perpetuos al Santísimo Sacramento, signo de que está en puertas el triunfo del Amor con la venida del Reino Eucarístico.

La lectura meditada del libro invita a pedir con fervor este advenimiento que el Espíritu nos ha revelado y que, según su consejo, esperamos con gozo: «cuando veáis que suceden estas cosas, alzad la cabeza y alegraos, porque vuestra liberación está cerca». (Lc 21, 28)

El libro puede adquirirse dirigiéndose a ADADOP, c/Alicante 3, 08195 San Cugat del Vallés. Tf: (0034) 629 792 849, o 676 059 594, o a e-mail: afpersona@gmail.com. También en la Librería Balmes.

«En todo servicio de su Rey eterno y Señor universal»

Meditación de las dos banderas; una de Cristo, sumo capitán y Señor nuestro, la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana naturaleza.

El primer preámbulo es la historia; será aquí cómo Cristo llama y quiere a todos bajo su bandera, y Lucifer, al contrario, bajo la suya.

El segundo: composición viendo el lugar. Será aquí ver un gran campamento en toda aquella región de



Jerusalén, donde el sumo capitán general de los buenos es Cristo nuestro Señor; otro campamento en la región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer.

Tercer preámbulo: pedir lo que quiero; y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para guardarme de ellos, y conocimiento de la vida verdadera que nos muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para imitarle.

San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales* 136-139



El motivo de fondo del crecimiento de la violencia anticatólica en Occidente

CATHOLIC
HERALD

Los cada vez más frecuentes ataques a iglesias, no ya en territorios sometidos a las atrocidades de grupos yihadistas, sino en el propio Occidente, son analizados por Matthew Schmitz en las páginas del Catholic Herald.

Parte Schmitz de una constatación: «el auge de la violencia contra los católicos ha sido extrañamente ignorado o minimizado, no sólo por los medios de comunicación, sino también por los mismos católicos».

Parte del problema radica en la posición sociológicamente única de los católicos en Occidente. Nuestra cultura liberal tiene un vocabulario muy desarrollado para proteger los derechos de las minorías. Pero no hay un conjunto de términos para describir la violencia contra la fe que de múltiples maneras definió a Occidente y que sigue siendo la fe mayoritaria en muchos países occidentales.

Dado el papel constitutivo único que ha jugado el cristianismo católico en la vida de Occidente, describirlo como otra fe más entre muchas otras siempre será complicado. Incluso en las naciones protestantes, donde los católicos han sido una minoría oprimida, el catolicismo es identificado de manera generalizada con un pasado opresivo. Mientras que otros grupos religiosos han abandonado la

oposición cristiana, antes universal, a la anticoncepción y al aborto, el catolicismo se ha mantenido firme. **Esto lo convierte en símbolo de tradición y autoridad incluso en sociedades que hace mucho tiempo rechazaron su autoridad.**

Debido a que Occidente fue definido por su aceptación del catolicismo y ahora se define por su rechazo del mismo, lograr un tratamiento igual y neutral para el catolicismo es casi imposible. La sociedad occidental mira a la Iglesia como uno podría mirar a un antiguo amante. Dada su estrecha e íntima historia, las únicas posibilidades futuras son, o bien una obsesión resentida, o bien un renacimiento apasionado de esa relación»

¿Son aptos los católicos para ejercer funciones en la vida pública?



La cuestión no es nueva y, como recuerda Jack Valero en Catholic Voices, fue abordada a fondo por el nuevo santo, John Henry Newman, al final de sus días. Escribe Valero:

«Un cristiano que cree que el aborto es algo malo en todas las circunstancias o que el matrimonio es sólo entre un hombre y una mujer ¿es apto para la vida pública hoy en día? Este tipo de cuestiones pueden construir o acabar con una carrera política; sin embargo, no son nuevas. John Henry Newman se enfrentó a todas ellas hace unos ciento cincuenta años.

En noviembre de 1874, cuando William Gladstone perdió las elecciones y se retiró de su cargo como primer ministro, tuvo tiempo para escribir un panfleto sobre el Concilio Vaticano I, que había finalizado unos años antes. Visto que el Papa había declarado su infalibilidad, comentó, **los católicos no sólo habían perdido su libertad intelectual, sino también se habían convertido en personas no aptas para la vida pública.**

Varios católicos se asustaron y le pidieron a Newman que respondiera a la acusación. El resultado fue su **Carta al duque de Norfolk** (1875), el último libro completo publicado por Newman.

En su primera sección, Newman presenta el objetivo de dicha *Carta*: “La cuestión principal planteada por el señor Gladstone creo que es ésta: ¿pueden ser los católicos personas de confianza para el Estado? Su conciencia, sometida a una potencia extranjera, ¿no podrá ser utilizada por ésta en cualquier momento, para gran desconcierto y perjuicio del gobierno civil bajo el que viven?”

Su respuesta no fue sólo “sí” o “no”. Fue un estudio sutil de la cuestión (...) El centro de esa *Carta* es su capítulo sobre la conciencia, que a partir de entonces ha sido utilizado por la Iglesia católica como fuente de enseñanza sobre este tema, tal como cita, por ejemplo, el Catecismo publicado en 1992, más de un siglo después de la muerte de Newman.

Newman veía la conciencia como la voz de Dios hablando al corazón de cada persona, ayudándola a actuar de manera justa. “Esta visión de la conciencia”, dice

Newman, “es muy distinta de la que tienen habitualmente la ciencia y la literatura, y la opinión pública, de hoy en día. Está fundada en la doctrina según la cual la conciencia es la voz de Dios, mientras que en general **ahora está de moda considerar que, de una manera u otra, es creación del hombre**”.

“La conciencia es un supervisor severo”, sigue, “pero **en este siglo ha sido sustituida por una falsificación** de la que nunca se ha oído hablar en los dieciocho siglos anteriores (...) Es el derecho a la autodeterminación”.

Veinticinco años antes, en uno de sus discursos “sobre la actual posición de los católicos en Inglaterra”, Newman había defendido un entendimiento de la conciencia según el cual ésta, aunque muy personal, no era meramente subjetiva. A los católicos no había que decirles sólo lo que tenían que hacer, sino que debían seguir su conciencia; pero ésta también necesitaba ser orientada a través de un conocimiento adecuado de la propia fe.

De ahí que no sea sólo una cuestión de obedecer ciegamente a Dios porque es omnipotente y supremo. Dios es también la verdad y la bondad mismas. **Dios desea el bien y la verdad porque Él es bueno y verdadero. Su deseo no es arbitrario.** Con el estudio y el uso de la razón, nuestra conciencia puede ayudarnos a discernir cómo buscar el bien y la verdad en el caso de la vida real y la política. Por consiguiente, en las cuestiones morales, la Iglesia sólo nos recuerda lo que una conciencia adecuadamente formada debería conocer por sí misma.

(...) **Si los cristianos siguen su conciencia bien formada e informada, entonces ciertamente son las personas más aptas para tener un papel en la vida pública,** y los gobiernos deben servirse de ellos para todo tipo de funciones y roles. Porque un cristiano así tiene un sentido muy claro de lo que está bien o está mal, de lo que es bueno y verdadero. Un hombre o una

mujer preocupados, ante todo, por el juicio de la conciencia serán sin duda mejores servidores públicos que otros que actúan sólo movidos por el juicio de las masas.»

Greta, profeta de una pseudoreligión secular



La actuación de Greta Thunberg en la ONU nos ha dejado una sensación de sobreexposición; en lenguaje coloquial podríamos decir que el fenómeno Greta se les ha empezado a ir de las manos. El estrellato de la fanática profeta de calamidades pone cada vez más de manifiesto que hace mucho tiempo que abandonamos el terreno del cuidado razonable de una creación sobre la que tenemos responsabilidades para adentrarnos en el siniestro campo de los terrores apocalípticos que justifican cualquier aberración (también eliminar al escéptico) si es por la buena causa. El carácter pseudorreligioso de esta nueva y aterradora cruzada de los niños es también cada vez más evidente.

El reconocido sociólogo francés Jean-Pierre Le Goff declaraba en una entrevista en Le Figaro: «la conjunción de culto a la juventud y discurso ecológico se manifiesta a través de la figura emblemática de Greta Thunberg que da lecciones al mundo entero y apela a los estudiantes a que hagan huelga por el clima todos los viernes. Sentimentalismo y victimización son llevados a su punto más alto cuando esta joven se funde en lágrimas en el Parlamento de Estrasburgo. Ante esta “imagen impactante”, ¿cómo pueden negarse los adultos y los políticos a consolarla?

Lo más sorprendente es la manera en que tantos adultos, políticos o periodistas, aceptan este

apoliticismo moralizante como un modelo de ciudadanía o una nueva vanguardia destinada a cambiar el mundo. **En la hora del triunfante culto a la juventud, el miedo a aparecer como un reaccionario o un viejo carca ha jugado sin duda un papel importante en estas tomas de posición.**

Pero de modo más fundamental, asistimos a una inversión de los roles cuando los jóvenes dan lecciones a los adultos en materia de buen comportamiento. A través de un juego de espejos infantilizante, los adultos y los militantes ecologistas aplauden de hecho un modelo de ecociudadanía que ellos mismos han inculcado a las nuevas generaciones.

La ecoideología refuerza al mismo tiempo la visión negra y penitencial de nuestra propia historia occidental que sería la responsable de todos los males ecológicos. Como contrapunto a esta visión oscura, la utopía de una humanidad reconciliada consigo misma: la salvaguarda del planeta se convierte en el nuevo principio unificador de un mundo fraterno y pacífico que, gracias a los desafíos ecológicos, acabará con las fronteras, las diferencias entre naciones y civilizaciones y pondrá fin a las contradicciones y a los conflictos.

Al erigirse como los representantes de los intereses superiores del planeta, los ecologistas se colocan en el campo del bien. Son profetas y moralistas de un nuevo tipo que anuncian el Apocalipsis. **La ecología presenta los rasgos de una nueva religión secular,** retomando el concepto de Raymond Aron, cuando se erige en una explicación global del mundo que poseería las nuevas claves de la historia y de la salvación de la humanidad, cuando establece la jerarquía de valores y de buenos comportamientos.

Se quiera o no, la ecología se ha convertido en uno de los vectores de una “revolución cultural” que no dice su nombre.»



Iglesia perseguida

La crisis en Nicaragua pone en peligro las vocaciones al sacerdocio: «sería una lástima abandonar por la situación sociopolítica»

El Seminario Interdiocesano de Nuestra Señora de Fátima, en Managua, ha tenido que reorganizarse debido al conflicto que atraviesa el país

JOSUÉ VILLALÓN
AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA



Seminaristas de la diócesis de Juigalpa junto al obispo René Sándigo.

Nicaragua está atravesando una dura crisis sociopolítica que ha dejado centenares de muertos por la dura represión de los grupos policiales y parapoliciales afines al presidente Daniel Ortega. Esta crisis poco a poco va dando paso a una inestabilidad económica que se agrava cada mes. La Iglesia de Nicaragua está siendo mediadora en el conflicto pero esto no la deja fuera de las amenazas de los violentos y de sufrir la escasez económica, junto con el pueblo.

A pesar de esta difícil situación, la Iglesia en Nicaragua continúa adelante en su misión evangelizadora y asistencial. Una clave para sostener esta ardua tarea es la formación de los futuros sacerdotes que se unirán a tantos presbíteros que en estos momentos están alentando a las comunidades en la esperanza y la paz. A diferencia de otros países de la región de Centroamérica, Nicaragua cuenta con numerosas vocaciones al sacerdocio, pero necesitan ahora apoyo para poder mantener la formación y que ningún joven abandone por la falta de medios.

«Antes de la crisis pedíamos que cada seminarista aportase 9 euros mensuales para los gastos

del seminario. Además, ellos se costean los productos de higiene personal. Pero ahora, después de hablar con ellos, muchos han contado que no tienen ni para lo básico», relata el padre Francisco Tigerino, rector del Seminario Interdiocesano Nacional Nuestra Señora de Fátima. En este centro se formaban hasta hace un año todos los seminaristas de cinco diócesis del país. Debido a la crisis y a que la Iglesia cedió parte de las instalaciones para llevar a cabo la primera fase de diálogo nacional, ahora sólo se han quedado los seminaristas que cursan teología. El resto ha tenido que volver a sus diócesis.

«Existen otras necesidades como el alimento o los gastos de desplazamiento. Ahora tenemos que habilitar buenas instalaciones en las diócesis para los seminaristas de la etapa de propedéutico y filosofía, que han tenido que irse a otros centros diocesanos. Pero la necesidad más grande es la del mantenimiento del edificio o el gasto de luz, que se ve incrementado por la escasez de recursos en el país», comenta el padre Tigerino.

La fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada está apoyando activamente al Seminario Interdiocesano y a su rector: «La ayuda nos ha llegado

como anillo al dedo, justo en el momento que estábamos más necesitados. Hemos podido pagar el mantenimiento, los sueldos de los profesores y el personal de secretaría». ACN ha apoyado en este caso concreto con un total de 21.300 euros.

Todos los seminaristas de este centro se muestran profundamente agradecidos. Engels Mauricio Berríos, es seminarista de diócesis de León, y cursa su primer año de Teología. «Manifiesto un profundo agradecimiento a todos esos hombres de buena voluntad que han tenido presente las necesidades de nuestro seminario y apoyan constantemente en esta noble labor que hace la Iglesia de formar hombres a la vida sacerdotal, para hacer posible la extensión del Reino que quiere el Buen Jesús, formando pastores, como dice el papa, Francisco con olor a oveja.»

Este joven, de 28 años, destaca la enorme gracia de recibir su formación en el Seminario de Nuestra Señora de Fátima, en el que conviven con jóvenes de otras partes de Nicaragua, «permitiendo enriquecer esta dimensión de convivencia y para incrementar la riqueza de estar unidos en Cristo a pesar de las diferentes expresiones de nuestra fe».

A su lado, sonríe Teófilo Jassiel Zamora, que es de la diócesis de Siuna, en el otro extremo del país. «Somos realmente hermanos, aunque venimos de sitios tan distintos». Para Teófilo, el testimonio de continuar con sus estudios es de gran significado, no solo para él y su familia, sino para toda la sociedad nicaragüense: «Es una alegría que a pesar de la situación, sociopolítica y económica, esta casa sigue en pie, gracias a sus colaboradores, y sería una lástima abandonarla sólo por la situación o por la crisis económica ya que ha sido esta la casa de todos los sacerdotes de la provincia de Nicaragua y es patrimonio de la Iglesia.»

El padre Tigerino, que vela por todos estos jóvenes, asegura que esperan pronto la paz y la estabilidad para el país, «así pedimos en la oración diariamente». Pero reconoce que la situación sigue siendo de incertidumbre, «hay una enorme cantidad de personas saliendo de Nicaragua. Hay mucho desempleo, fábricas y centros de trabajo han tenido que cerrar porque no tienen para pagar. Muchos de nuestros alumnos vienen del campo y como ahora la época de lluvias se ha retrasado, algunas de sus familias han perdido la cosecha».

Desde Ayuda a la Iglesia Necesitada se está dando una respuesta de cercanía y continuidad en las ayudas, a pesar de la inestabilidad del país. «Tengo presente que estos últimos años han sido tiempos difíciles para mi familia, por la situación de nuestra nación, pero a pesar de ello seguimos avanzando

como Iglesia que lucha por mantener viva esa esperanza cristiana de que en Cristo lo podemos todo. Vuestra ayuda es un hecho concreto de que Dios está con nosotros. Nuestros obispos siguen siendo centinelas de nuestra nación, iluminando y acompañando al Pueblo de Dios, así brota el deseo de que esta casa siga dando la experiencia de un Cristo que está con sus discípulos», concluye Engels Mauricio.

El último mensaje de parte del rector es «Que Dios bendiga vuestra inmensa generosidad. Lo que más me impresiona es que personas al otro lado del mundo estén apoyándonos, personas que seguramente nunca lleguemos a conocer. Ellos colaboran porque somos Iglesia y por amor al Reino de Dios. Vamos a seguir formando y sacando adelante a la Iglesia con vuestra ayuda y con la ayuda de Dios.»

ACN está apoyando en este año también la formación de sesenta seminaristas en la diócesis de Granada, por un total de 24.350 euros. En Matagalpa, en el centro norte del país, los 37 seminaristas del nuevo seminario diocesano, han recibido una ayuda total de 16.800 euros. Cabe destacar el apoyo de la fundación pontificia a otros proyectos extraordinarios para adecuación de nuevos seminarios en las diócesis, donde acoger a los seminaristas que tuvieron que dejar el Seminario Interdiocesano. Por ejemplo, en Juigalpa, se ha instalado un nuevo seminario para la etapa de filosofía en un antiguo edificio diocesano, en el que ACN ha financiado con 30.000 € la adaptación para las clases y la residencia de los seminaristas. Los futuros pastores de la Iglesia en Nicaragua cuentan con el apoyo necesario, para seguir construyendo una comunidad de paz y esperanza en medio de una sociedad herida por el actual conflicto.



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

Donativos:

www.ayudaalaiglesianecesitada.org

Teléfono: 91 725 92 12

Banco Santander:

ES7400492674592814342966

Cualquier aportación, por pequeña que sea, es muy necesaria.



*Pequeñas
lecciones
de historia*

Monasterio de Poblet (III): S. Bernat y sus dos hermanas mártires

GERARDO MANRESA

HACIA los años 1150, Ahmet Ibn al-Mansur, hijo del rais o señor moro de Carlet (Valencia), nacido en la alquería de Pintarrajés, de Carlet, vivía en la corte del rey taifa de Valencia, quizás el rey Lobo, de Valencia y Murcia (1147-1171), tributario de Ramón Berenguer IV, o quizás en la corte del gobernador que dicho rey taifa tenía en la ciudad del Turia. Era la época más brillante de la cultura de los reinos de Taifas en la Hispania musulmana.

Joven de presencia agradable y con una buena educación recibida en la corte del dicho rey, éste le encargó una importante y difícil misión: ponerle al frente de una embajada que dicho rey mandaba a Cataluña con objeto de negociar la libertad de algunos prisioneros de guerra y firmar treguas con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV.

En el año 1156, según Finestres, entró en Cataluña por Lérida para ver una tía suya, también musulmana, que residía en dicha ciudad.

De vuelta para Valencia pasó por la serranía de Prades y tras varias horas cabalgando sin saber exactamente donde se encontraban, se detuvieron y acamparon en un refugio de la montaña. Al amanecer del día siguiente Ahmet quedó sobresaltado pues le despertó una música que jamás había oído y le embelesó. Eran voces varoniles que cantaban admirablemente entonadas al son de un instrumento desconocido del más extraordinario poder sonoro. La música le parecía tronar del mismo cielo. Ahmet buscaba de donde podía brotar aquella música y no lo conseguía. Pasada el alba aquella música dejó de sonar.

La comitiva se volvió a poner en marcha y tras un largo recorrido llegaron a un punto donde vieron una imponente masa de edificios que erguían al cielo agujas, cúpulas y cimborios. Cuando llegaron ya anochecía y el silencio reinante se volvió a romper por un canto de voces similares a las de la mañana.

La emoción de Ahmed se hizo tan violenta que sintió doblegarse las rodillas y se hincó en el suelo con el alma anonadada. Así entró Ahmed en el monasterio de Poblet.

Por el contacto con los monjes (quizás Ahmet ya estaba interesado por el cristianismo, y hasta podría pensarse, sin ser extraño, que su madre fuera cristiana), se convirtió e ingresó en la comunidad cisterciense, en la que recibió el nombre de Bernardo. Hacia el año 1178, según

la cronología de Finestres, y después de haber sido un tiempo bodeguero... de la comunidad, se fue, con autorización del abad, a Lérida, donde consiguió la conversión de su tía. Vuelto a Poblet, ejerció el oficio de portero, que tradicionalmente era entre otras cosas, el que tenía la misión de repartir las limosnas. En 1181, pidió al abad el permiso para ir a Carlet y predicar la fe cristiana a su hermano al-Mansur, que, muerto su padre, le había sucedido en el dominio de la población. En Carlet, Bernardo no encontró más que dificultades y resistencias por parte de su hermano, pero consiguió convertir a sus dos hermanas Saïda y Soraida, las cuales decidieron pasar con él a la zona cristiana e ingresar en un monasterio cisterciense. Pero al-Mansur, airado, persiguió a los tres fugitivos e hizo matar a Bernardo haciéndole clavar en la frente un clavo de amarre de barcas, junto al Júcar, cerca de Alcira, pues pensaba que muerto él las dos hermanas abandonarían fácilmente la nueva fe. Pero ellas increparon de tal forma a su hermano al-Mansur, que viéndose impotente de contenerlas, las hizo degollar. Los cuerpos de los tres mártires, dice la tradición, fueron inhumados por los mozárabes en el mismo lugar donde habían sufrido el martirio, y, cuando Jaime I liberó Alcira, en el año 1242, les hizo edificar una ermita en su memoria.

La confirmación de esta tradición, además de la ermita construida por Jaime I y de los donativos que dio en su testamento, en 1262, Ferran Pere, musulmán convertido nieto del emperador Miramamolín, derrotado en la batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, está en que años más tarde y, ante un fuerte peligro, el guardián de la ermita escondió los cuerpos de los tres mártires y, muerto él, se perdió el recuerdo del lugar donde los había depositado. Pero la devoción no se perdió y quedó reflejada en una bella mesa del siglo xv, de la catedral de Valencia, que representa de una manera indiscutible el martirio de los tres hermanos. También fue esta devoción la que hizo que Alcira quisiera renovar el culto al monje Bernardo, mártir local, y se fundase en 1558 un convento de trinitarios que velarían por dicho culto. El convento trinitario se llamó de san Bernardo.

Tanto en Alcira, donde san Bernardo es patrón, como en Carlet, en la partida de Pintarrajés, donde nació Bernardo, la devoción es intensa y muchos de sus habitantes acuden cada año a Poblet, como homenaje al santo.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

La Biblia es incompatible con la dignidad humana según la justicia inglesa

EL pasado 2 de octubre de 2019 el Tribunal de Empleo de Birmingham fallaba contra el doctor David Mackereth, que había denunciado al Departamento de Trabajo y Pensiones (DWP) del Reino Unido y a la agencia de empleo Advanced Personnel Management Group, Ltd. (APM) por discriminación religiosa al ser despedido de su trabajo como asesor de Salud y Discapacidad de dicho Departamento por dirigirse a sus pacientes por su sexo biológico y no por su género autopercebido.

El motivo alegado para el despido es que el doctor Mackereth se había negado a seguir la política de reasignación de género establecida por el DWP, basada en la Ley de Igualdad (*Equality Act 2010*) para toda Gran Bretaña, en la que se establece que los clientes deben ser tratados en todo momento según el sexo/género que ellos mismo elijan y que negarse a ello constituye una discriminación ilegal o acoso.

En su alegato el doctor Mackereth basaba su conducta en su conciencia como médico cristiano, que cree en el Génesis —que afirma que «Dios creó al ser humano a imagen suya; a imagen de Dios le creó; hombre y mujer los creó» (Gen 1, 27)—, no acepta la ideología transgénero —que afirma que es posible a una persona cambiar su sexo/género y que referirse a una persona por su sexo opuesto puede ser beneficioso para él y/o que la sociedad debe acomodarse y/o alentar que cualquiera sea tratado por el sexo que elija— y tiene derecho a la objeción de conciencia al considerar irresponsable y deshonesto para un profesional de la salud el referirse a una paciente por su sexo opuesto.

En su fallo el tribunal británico reconoce que, según la mencionada Ley de Igualdad, la religión —como la reasignación de género— es una de las características a proteger contra la discriminación. Sin embargo, las ideas religiosas del doctor, manifestadas a través de su comportamiento en la consulta, entran en conflicto con el derecho de los individuos de ser llamados según el género que ellos prefieran. Y en la resolución de dicho conflicto, la Corte de Birmingham afirma que «los tres motivos alegados por doctor Mackereth son incompatibles con la dignidad humana» y, por tanto, suponen un rechazo a respetar la dignidad de las personas transgénero, cuyo deseo constituye un «derecho fundamental» que debe ser garantizado por el Estado. Los efectos discriminatorios, el daño que puede oca-

sionar al servicio a los usuarios y la falta de medios para prevenir que esto vuelva a ocurrir debido a la ausencia de alternativa por parte de los pacientes de escoger el médico, justifican la procedencia del despido del doctor, dando la razón al DWP y a la APM.

En una entrevista concedida a Christian Concern el doctor Mackereth denunciaba la imposición por parte de los poderes públicos de «practicar una mentira». «No se nos permite decir lo que creemos, no se nos permite pensar lo que creemos y no se nos permite defender lo que creemos. Los cristianos deben poder mantener y expresar su fe en privado y público y defender las verdades bíblicas y científicas sin temor a perder sus medios de vida. (...) La medicina no puede funcionar sin integridad intelectual y moral, y mis treinta años como médico —concluyó el doctor— ahora se consideran irrelevantes en comparación con el riesgo de que alguien pueda ofenderse, máxime cuando ningún médico, investigador o filósofo puede demostrar que una persona puede cambiar de sexo».

Se puede hablar de libertad y de derechos pero cuando una sociedad considera que es lícito en la vida política apartarse de los preceptos de Dios y legislar sin tenerlos en cuenta para nada e incluso establecer una legislación positiva que los contradiga, está firmando su propia sentencia de muerte. Y si en ocasiones, como afirmó León XIII, es necesario amoldarse a los tiempos, cediendo y acomodándose prudentemente a las exigencias de la administración pública del Estado con una condescendencia razonable que pueda conciliarse con la verdad y con la justicia, la cosa cambia por completo cuando se trata de prácticas y doctrinas introducidas contra todo derecho por la decadencia de la moral y por la aberración intelectual de los espíritus. Ningún período histórico puede vivir sin religión, sin verdad, sin justicia, y, por tanto, no se puede pretender que los cristianos toleren con disimulo el error y la injusticia o favorezca con su connivencia lo que perjudica a la religión.

Cárcel e inhabilitación por no practicar un aborto

TAMBIÉN en Argentina se ha conocido hace poco el fallo condenatorio —un año y dos meses de prisión en suspenso y dos años y cuatro meses de inhabilitación para ejercer cargos públicos— del juez provincial de Río Negro, Álva-

ro Meynet, contra el médico Leandro Rodríguez Lastra, acusado de «incumplimiento de deberes de funcionario público» por «haber interrumpido un aborto legal en curso».

El 2 de abril de 2017 una mujer de 19 años llegó con fiebre y fuertes dolores al Hospital Pedro Moguillansky de la ciudad de Cipolletti tras haber autoingerido una cantidad excesiva de misoprostol (compuesto químico abortivo) facilitado por un colectivo feminista. Sin embargo, las pastillas consumidas no habían provocado el aborto del feto, que ya había pasado la semana 22 y pesaba más de 500 gramos, y sí una infección generalizada que ponía en peligro la vida de la madre por lo que el doctor Rodríguez Lastra, jefe del servicio de ginecología del hospital, procedió a estabilizar a la paciente para controlar y curar la infección. Cuando la madre estuvo ya fuera de riesgo, el equipo de profesionales, la dirección del hospital y el Ministerio de Salud de Río Negro analizaron la situación, concluyendo que lo mejor para la madre y el niño era continuar con el embarazo hasta la semana 35 y así se lo propusieron. Pocas semanas después nació el niño por cesárea y fue dado en adopción.

Denunciado por la diputada provincial Marta Milesi por «negarse» a practicar el aborto, al que tenía derecho la madre según la Ley Provincial 4796 y el decreto provincial 182/2016 (extremo que no parece demostrado en el juicio), la condena supone, de nuevo, la imposición por parte de los poderes públicos de unas conductas (incluso jurídicamente discutibles) que van contra la ley natural (que es también ley de Dios) e impiden vivir al hombre según su recta conciencia.

Por otro lado, con ocasión de la reciente 74ª Asamblea General de la ONU, una coalición de diecinueve países (Estados Unidos, Bahrain, Bielorusia, Brasil, República Democrática del Congo, Egipto, Guatemala, Haití, Hungría, Irak, Libia, Mali, Nigeria, Polonia, Rusia, Arabia Saudita, Sudán, Emiratos Árabes Unidos y Yemen) denunciaban el uso de términos y expresiones ambiguas, como la salud y los derechos sexuales y reproductivos, en los documentos de la ONU porque pueden socavar el papel fundamental de la familia, promover prácticas, como el aborto, en circunstancias que no gozan de consenso internacional y ser malinterpretados por las agencias de la misma ONU. «Dichos términos –afirmó Alex Azar, secretario del Departamento de Salud y Servicios Humanos de los Estados Unidos– no tienen en cuenta adecuadamente el papel clave de la familia en la salud y la educación ni el derecho soberano de las naciones a implementar políticas de salud de acuerdo con su contexto nacional. No existe el derecho internacional al aborto y estos términos no deben usarse para promover políticas y medidas proaborto». Por su

parte, el cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado del Vaticano y jefe de la Delegación de la Santa Sede ante la ONU, recordaba que «el derecho a la salud está inextricablemente vinculado con el derecho a la vida y nunca puede ser manipulado como una excusa para terminar o deshacerse de una vida humana en cualquier punto de todo el continuo de su existencia, desde la concepción hasta la muerte natural». Lo dice el libro del Éxodo: «No matarás» (Éx 20, 13), y la razón del hombre.

Domingo de la Palabra de Dios

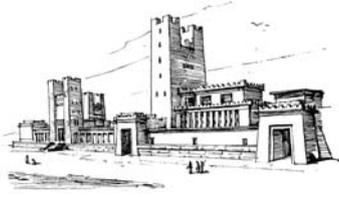
MEDIANTE el «*motu proprio*» *Aperuit illis* el papa Francisco instituyó el pasado 30 de septiembre el «Domingo de la Palabra de Dios» que la Iglesia universal celebrará cada tercer domingo del Tiempo ordinario.

Con esta iniciativa el Santo Padre desea que todos los fieles se abran al tesoro que constituye la Palabra de Dios recogida en las Sagradas Escrituras para que puedan vivir según esa Palabra de salvación y anunciar por todo el mundo la riqueza inagotable del mensaje de Cristo.

Nunca se ponderará suficientemente la necesidad de meditar y profundizar en la Palabra de Dios. Por este motivo el Papa ha querido dedicar ese domingo, perteneciente a un periodo del año en el que estamos invitados a fortalecer los lazos con los judíos y a rezar por la unidad de los cristianos, a celebrar, reflexionar y divulgar este don de Dios poniéndonos bajo la acción del Espíritu Santo para comprenderla adecuadamente y actuar conforme a ella.

En este sentido, «cuando la Sagrada Escritura se lee con el mismo Espíritu que fue escrita –dice el papa Francisco en el *motu proprio*–, permanece siempre nueva. (...) Todo el texto sagrado tiene una función profética: no se refiere al futuro, sino al presente de aquellos que se nutren de esta Palabra. (...). Causa dulzura y amargura (cf. Ez 3, 3; Ap 10, 10). La dulzura de la Palabra de Dios nos impulsa a compartirla con quienes encontramos en nuestra vida para manifestar la certeza de la esperanza que contiene. Por su parte, la amargura se percibe frecuentemente cuando comprobamos cuán difícil es para nosotros vivirla de manera coherente, o cuando experimentamos su rechazo porque no se considera válida para dar sentido a la vida». Los casos mencionados anteriormente son muestra de ello.

«Que el domingo dedicado a la Palabra –concluye el Papa– haga crecer en el pueblo de Dios la familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura, como el autor sagrado lo enseñaba ya en tiempos antiguos: esta Palabra “está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que la cumplas”» (Dt 30, 14).



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Continúa el pulso entre Hong Kong y China

LAS protestas en Hong Kong no cesan. El motivo que las desencadenó fue el proyecto de ley de extradición que permitiría a los jueces de la China comunista procesar a los habitantes de Hong Kong, quienes contemplan con enorme preocupación la iniciativa que, en el fondo, muestra que lo que está en juego es el principio que enunció en su día Deng Xiao Ping de «un país, dos sistemas».

La antigua colonia británica fue reintegrada a China en 1997 sobre la base de que la reunificación nacional sería compatible con el mantenimiento del sistema político vigente en Hong Kong, de tipo occidental. Este acuerdo se ha ido erosionando por una China que, si en el plano económico admite todo tipo de libertades, controla con mano de hierro cualquier otra manifestación, ya sea política, religiosa o social. La ley de extradición supone una vuelta de tuerca más en este proceso que avanza hacia la sumisión completa de Hong Kong al régimen chino y que, en cualquier caso, tiene una fecha de caducidad muy clara: el año 2047, cuando la situación de semi-independencia pactada entre Londres y Pekín llegará a su fin y Hong Kong se integrará completamente en la China de ese momento.

Las manifestaciones masivas, en las que la población católica, que constituye el 8%, ha jugado un papel determinante (es frecuente que los manifestantes entonen himnos religiosos), se vienen sucediendo desde hace ya tres meses, desembocando en ocasiones en disturbios y detenciones, pero han conseguido que la presidenta del gobierno de Hong Kong, Carrie Lam, haya retirado el proyecto de ley. Movimiento que no ha dejado satisfechos del todo a la mayoría de los hongkoneses, que consideran que se trata de una retirada momentánea que no aleja verdaderamente el peligro. Y es que, más allá de esta ley, la reiterada violación del acuerdo chino-británico por parte de las autoridades comunistas chinas ha enseñado a la población de Hong Kong a no fiarse del gobierno chino.

Si contemplamos la situación con una visión más amplia, resulta evidente que China aspira a disputar el dominio mundial a los Estados Unidos y que esta aspiración es incompatible con mantener un territorio como Hong Kong, cuya soberanía es teóricamente china pero que no sigue las directrices del gobierno chino. En el trasfondo está también la anhelada reunificación con Taiwán, que tras la evolución de los

acontecimientos en Hong Kong es difícil que vaya a aceptar integrarse bajo el fallido paradigma del país con dos sistemas.

Sin embargo, Xi Jinping continúa con la idea de reunificar Taiwán antes del fin de su segundo mandato, que acaba en 2022, un éxito que le aseguraría un merecido tercer mandato. Pero si se descarta la vía hongkonesa sólo queda la posibilidad de una invasión, para lo que habría que enfrentarse a la séptima flota estadounidense y prepararse para una invasión a buen seguro muy costosa en términos de vidas humanas. Un escenario difícil de asumir incluso para China.

Esta consideración a buen seguro habrá pesado a la hora de ceder, aunque sea por el momento, en Hong Kong. Pequin sabe que una intervención que probablemente se saldaría con una masacre al estilo Tiananmen, provocaría fuertes protestas internacionales y acabaría con la prosperidad actual de Hong Kong, un importante centro de negocios financiero del que también se beneficia la propia China. Otra cuestión es la evolución a largo plazo de la situación. Las declaraciones del líder de las protestas Joshua Wong, afirmando la soberanía de la población de Hong Kong sobre su propio territorio, son inadmisibles para China y anuncian, más allá de las refriegas actuales, un escenario de enfrentamiento final en el que difícilmente China puede salir derrotada.

Bloqueo y fragmentación política en Israel

FINALMENTE sucedió: las disputas entre judíos seculares y religiosos dieron al traste con las negociaciones para formar un gobierno en Israel presidido por Benjamín Netanyahu. Para conseguirlo, Netanyahu necesitaba el apoyo de una coalición de partidos que tenía que incluir, por un lado a los partidos ultraortodoxos o *haredim* y, por otro, al partido de Lieberman, que recoge los votos de gran parte de los judíos de origen ruso. Pero este último había anunciado que no apoyaría a un gobierno que no se comprometiera a anular la exención del servicio militar de la que se benefician los ultraortodoxos desde tiempos de Ben-Gurion, cuando eran muy pocos y aquella concesión era poco más que un gesto simbólico. Lo que parecía un tema menor se ha convertido en la piedra donde han tropezado las aspiraciones de Netanyahu, que se ha visto obligado a ir a nuevas elecciones con la

esperanza de que la nueva Knesset resultante de ellas fuera más favorable a sus intereses.

No ha sido así. Aunque la situación de los bloques se mantiene aproximadamente igual, esto es, en un bloqueo difícil de superar, el Likud ha perdido algunos escaños, quedándose en 31, y su posición se ha debilitado. Por el contrario, el principal partido de la oposición, Azul y Blanco, ha superado al Likud, obteniendo 33 escaños. Como consecuencia, los dos bloques siguen sin sumar suficientes escaños para formar gobierno y la única posibilidad es un gobierno de unidad nacional que reúna a los dos grandes partidos, una opción que choca con las aspiraciones personales de ambos líderes, Netanyahu y el ex jefe del Estado Mayor israelí Benny Gantz, y que el próximo juicio contra Netanyahu por corrupción hace muy difícil. Por otro lado, es de reseñar que la Lista conjunta que agrupa a los cuatro partidos árabes ha crecido 3 escaños hasta alcanzar los 13, convirtiéndose en el tercer partido más votado, con 470.000 votos.

Israel se sitúa, pues, en una situación de difícil gobernabilidad, derivada de una creciente fragmentación del país. Las tensiones derivadas del crecimiento demográfico de los ultraortodoxos, que eran una amenaza que se cernía sobre el futuro del país, ya es una realidad. El otro factor de fragmentación viene de la mano del otro grupo étnico con crecimiento demográfico fuerte, el árabe.

Fallece el dictador de Zimbabue Robert Mugabe

QUIEN gobernó despóticamente Zimbabue (la antigua Rodesia británica) durante 37 años, Robert Mugabe, falleció el pasado 6 de septiembre a la edad de 95 años. Llega a su fin una persona que encarna el trágico fracaso del proceso descolonizador.

El país que en su día fue considerado como una «joya de la Corona Británica», una de las colonias más

prósperas y prometedoras, se desplomó tras la independencia de la mano de un Mugabe, antiguo alumno de un colegio jesuita, que combinó sin pudor alguno corrupción y racismo antiblanco. Condenado el país a la bancarrota, Mugabe ordenó en 2000 la confiscación de las numerosas granjas del país, en su mayoría propiedad de ciudadanos blancos. El pretexto fue una reforma agraria para remediar la concentración de tanta tierra en manos de unas pocas decenas de miles de personas, pero el efecto inmediato fue el colapso de la producción agrícola y de la economía nacional. Aquellas tierras fueron entregadas en su mayor parte a políticos de su camarilla, incapaces para mantenerlas a pleno rendimiento.

Mientras tanto, Mugabe, dueño de numerosas propiedades en el extranjero (entre ellas un castillo en Escocia o una villa en Hong Kong), celebraba cada año su cumpleaños con derroches cada vez más extravagantes: en 2009 sus invitados fueron recibidos con 2.000 botellas de champán Moët & Chandon, 8.000 langostas y 4.000 latas de caviar. Al año siguiente, el menú para los 20.000 invitados incluía platos de carne de elefante, búfalo, antílope, impala y león.

Mientras Mugabe celebraba sus cumpleaños, cuatro millones de personas (un tercio de la población) se vieron reducidas a la dependencia de la caridad internacional en el país que había sido el granero del sur de África. Otros tres millones de habitantes huyeron al extranjero, buscando escapar no sólo de la pobreza extrema, sino también de la violenta represión ejercida por el régimen para evitar cualquier oposición. Ya en el temprano 1980 Mugabe había dado muestras de su forma de actuar despiadada: para culminar su victoria sobre su rival político Joshua Nkomo, Mugabe, de la etnia shona, exterminó a más de 20.000 indebeles, la etnia de Nkomo. El aclamado padre fundador de la patria, el líder liberador del yugo colonial, se había convertido en pocos meses en un tirano sin escrúpulos capaz de perpetrar masacres nunca vistas. Si algo puede afirmarse en relación a su muerte es que Robert Mugabe no será llorado por muchos zimbabuenses.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Octubre:

Por la evangelización: Para que el soplo del Espíritu Santo suscite una nueva primavera misionera en la Iglesia

Noviembre:

Universal: Para que en el Próximo Oriente, donde los diferentes componentes religiosos comparten el mismo espacio de vida, nazca un espíritu de diálogo, de encuentro y de reconciliación.

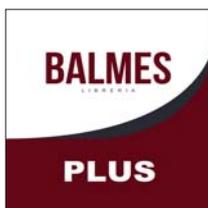


info@balmeslibreria.com
 www.balmeslibreria.com
 682 856 468
 93 317 80 94

BALMES
 LIBRERIA

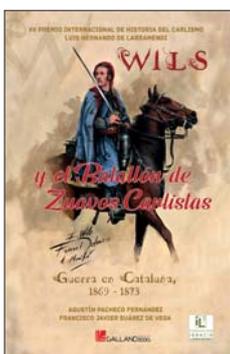


- Servicio inmediato de venta on line.
- Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas.
- Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades.
- Servicio de suscripción a nuestra revista.
- Acceso a la hemeroteca de **CRISTIANDAD**.
- ¡Síguenos en Facebook y a través de nuestro canal de youtube!
- ¡Consulta nuestro blog!
- Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año! Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.

CRISTIANDAD les recomienda este mes:



Wils y el Batallón de Zuavos Carlistas

Autor: Pacheco Fernández, Agustín, Suárez de Vega, Francisco Javier
 Editorial: Galland Books
 604 páginas
 Precio: 25,00 €

En un recóndito santuario de las montañas catalanas, una lápida recuerda que allí descansan los restos de Ignace Wils, un extranjero del que apenas se sabe nada.

Las biografías del holandés Ignace Wils, caído en el asalto a Igualada con solo 24 años y la de su hermano August resultan vibrantes. Alistados en los Zuavos Pontificios, lucharon en las guerras de unificación italiana. Poco después, lo harían en la Guerra Franco-Prusiana y en la tercera guerra carlista.



Recuperemos la escuela

Autor: Lafforgue, Laurent
 Editorial: Encuentro
 268 páginas
 Precio: 21,50 €

El matemático francés Laurent Lafforgue, ha intervenido en los últimos años en numerosas ocasiones en el debate público actual sobre la educación y la escuela francesa y europea. Este libro recoge algunas de sus intervenciones y artículos más destacados ordenados según la temática abordada en cada uno de ellos. En las dos primeras partes del libro, «Refundar la escuela. Una necesidad histórica» y «La pasión por conocer», se analizan respectivamente las causas de la crisis actual del sistema educativo y escolar y se lanzan propuestas para volver a despertar en los jóvenes una pasión por el conocimiento que les posibilite no caer en la manipulación y en la pérdida de la libertad.

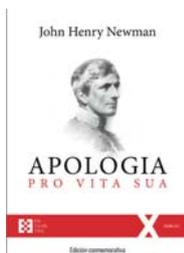


Fracasología

Autor: Roca Barea, María Elvira
 Editorial: Espasa
 528 páginas
 Precio: 21,90 €

Si en *Imperiofobia* y *leyenda negra* María Elvira Roca Barea explicaba qué tipo de fenómeno histórico era la leyenda negra y cómo y por qué había surgido, el objetivo principal de *Fracasología* es exponer las razones por las cuales los tópicos de la hispanofobia se asumieron en nuestro país y se afianzaron con el tiempo.

Desde el siglo XVIII comienza una relación conflictiva de buena parte de las elites españolas con su propio país, que culmina con las guerras napoleónicas. Estas ideas se extienden también por Hispanoamérica y tendrán mucho que ver con la debilidad de los Estados que surgen de la disolución del Imperio español, y la cadena de resentimiento que generó y genera.



Apología pro Vita Sua. Edición conmemorativa

Autor: Newman, John Henry
 Editorial: Encuentro
 448 páginas
 Precio: 2650 €

La presente edición, realizada con motivo de su canonización por parte del papa Francisco el 13 de octubre de 2019, recoge la traducción renovada y actualizada de Víctor García Ruiz y José Morales, e incluye, además de un apéndice con una selección de textos de los últimos pontífices sobre el cardenal Newman, una presentación de Ian Ker, probablemente el mayor experto en la actualidad en la figura de Newman.

Apología pro vita Sua fue para Newman la anhelada oportunidad de defenderse frente a la incomprensión y el rechazo que había causado en Inglaterra su conversión al catolicismo.

CONTRAPORTADA

«La gran ruptura de la sociedad occidental»

La destrucción del cristianismo significa en realidad la ruptura social con Dios. El individualismo desvinculado sólo es posible cuando cada sujeto humano y la sociedad como conjunto se entregan a la subjetividad ilimitada de sus deseos y por ello dejan de relacionarse con su Creador. Como escribió Francisco Canal Vidal en «*Reflexión teológica sobre la situación contemporánea*»: «Creado a imagen y semejanza de Dios y llamado, por la gracia que le constituye en partícipe de la naturaleza de Dios, a ser feliz en la plena participación de la vida divina». Y ese camino de construcción de la felicidad, que empieza en este mundo, se rompe.

¿Por qué es tan decisivamente grave la ruptura con Dios? No se trata de la desaparición del deísmo, de un ser una fuerza superior más o menos abstracta, ni de una percepción espiritual. Para Occidente significa la ruptura con Jesucristo, quien a mí me ve, ve al Padre, es decir, con una persona real cuya vida y

palabra, construyen un acto que recrea la vida humana.

Esto de por sí ya es grave, porque es Él quien ha moldeado nuestra cultura, nuestro modelo de valores y virtudes.

Es el cristianismo quien construye la cúpula occidental que permite trabajar juntas a dos culturas en principio incompatibles, la teocrática del Antiguo Testamento y la filosófica de Grecia. Construye la gran transformación sobre la que se asienta Occidente. No es solo Occidente, porque es universal y se inculturaliza en todo el mundo.

Pero al igual que la cultura siriaca que recoge el cristianismo griego y le da forma propia, hasta que el islam por la fuerza de las armas lo reduce a un relicto, el cristianismo occidental, sobre todo como Iglesia latina, da forma a Occidente. Si se le rechaza, nuestra civilización se aproxima a la nada.

Josep MIRÓ I ARDEVOL, *Forum Libertas*, 11 de octubre.

